

# La Ilustración Artística

AÑO XXIX

← BARCELONA 4 DE ABRIL DE 1910 →

Núm. 1.475

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL EMINENTE ESCULTOR ESPAÑOL JOAQUIN SOROLLA Y BASTIDA,  
escultura del príncipe Troubetzko

## ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á los señores suscriptores á la **Biblioteca Universal Ilustrada** el primer tomo de la serie de 1910. Dicho tomo es

JORGE WASHINGTON, ÍNTIMO

APUNTES HISTÓRICOS Y ANECDÓTICOS DE SU VIDA  
Y DE SU ÉPOCA

El tomo va ilustrado con reproducciones de retratos y dibujos de la época.

## SUMARIO

**Texto.**— *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Los dos lacones*, por Enrique Datin, con un dibujo de Sardá. — *París. El teatro Guignol*. — *Mónaco. El Museo Oceanográfico fundado por S. A. el príncipe Alberto I.* — *París. Concurso hípico.* — *Nueva York. El edificio para museo del Instituto de Artes y Ciencias de Brooklyn.* — *Española. Ajedrez.* — *El fantasma de la Opera*, novela ilustrada (continuación). — *Libros.*

**Grabados.**— *El eminente pintor español Joaquín Sorolla y Bustida*, escultura del príncipe Troubetzkoï. — *La esposa y la hija del príncipe Pablo Troubetzkoï*, retratos modelados por éste. — *Paisaje de primavera*, cuadro de F. Matsch. — *París. El teatro Guignol* (seis grabados). — *Mónaco. Vista del Museo Oceanográfico y Plancha conmemorativa de su inauguración.* — *París. Concurso hípico* (tres grabados). — *La Centineta. Joven madre*, esculturas de Bessie Potter Vonnoh. — *Mascarilla*, cuadro de D. Morelli. — Reproducción de algunas de las estatuas que adornarán el Museo del Instituto de Artes y Ciencias de Brooklyn y vista de la fachada del nuevo edificio. — *El vizconde de Vogüé. Monumento á Horacio Wells.* — *Sras. Pelletier, Deville Lenoir, Aulerst, Kauffmann*, candidatas que lucharán en París para obtener un puesto en el Parlamento. — *Barcelona. Pruebas de aviación* (cuatro grabados). — *Nuevo ejercicio acrobático.*

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Estos días se ha movido revuelo por una cuestión baladí: si han de circular ó no coches el Jueves y Viernes de la Semana Santa. Y digo cuestión baladí y de poca monta, porque, al menos en Madrid, el que dejen de circular algunas horas, por algunas calles, coches y tranvías, no perjudica, y es agradable á mucha gente, empezando por los cocheros y las niñas cursis, que aprovechan la ocasión de echarse á la calle sin recelo de ser estrujadas, á lucir el palmito, los claveles y la mantilla. Y si la suspensión breve y parcial de los coches á nadie molesta, y gusta á no pocos y á no pocas, y es una costumbre enteramente inofensiva, sólo la estrechez sectaria puede hacer de esto un problema, ni más ni menos que si se tratase de derrocar el pedestal del brasero de la Inquisición.

En todas partes la costumbre se respeta, cuando no acarrea perjuicios. Aquí, en nuestra condición agitada, no podemos transigir con hábitos asaz indiferentes. La política se cifra en estas minucias. Un día se va á hacer propaganda con los pescaderos para que en Semana Santa no exhiban la quisquilla apetitosa, el cangrejo amigo de la manzanilla y del sauterne, las almejas estrechamente aliadas al arroz, el salmón de rosadas conchas, el percebe literariamente deshonorado y el mero blanco y firme. En vez de tales tentaciones gastronómicas, se les obligará á presentar, y fastidiense los reaccionarios, un cesto con sesos de ternera, costillares de cerdo, cabeza de jabalí y pájaros fritos. Preveo la hora, fatídica para el sentido común, en que el Carnaval se traslade á la Cuaresma, y la Pascua de Navidad al día de Corpus.

Y el caso es que nadie tiene el menor empeño en cambiar los hábitos tradicionales; el caso es que el cerrarse los teatros durante algunos días de esta semana, no es capricho de empresarios, sino convencimiento de que el público no iría; el caso es que pocos madrileños y madrileñas prescindan, el Jueves y el Viernes, de su bacalao frito y sus garbanzos con espinacas; el caso es que las calles están, en estos días, que no se puede dar un paso, y las iglesias que no se cabe, y los sermones rebosan, y hay que suponer que es importunidad, cuando menos, empeñarse en volver del revés lo que todos encuentran bien del derecho.

Es posible que hasta los efectos sean contraproducentes, y se despierte mayor entusiasmo y cariño por la costumbre, si se la quiere ahogar con violencia.

\*\*

Era el primer viernes del mes de marzo. En tal día se venera especialmente la efigie del famoso Nazareno de Medinaceli, cuya devoción es en Madrid proverbial. Los capuchinos, que cuidan del culto en la típica iglesita de Jesús, colocan ese día la efigie en una cámara alta, y ante ella desfila el gentío, que puede adorarla, besar sus manos y pedirle tres gracias. Una leyenda afirma que, de las tres, una por lo menos otorga el Cristo. Y vierais, desde que amane-

ce, acaso toda la noche, larga cola, que llega hasta el Dos de Mayo, esperando el momento de penetrar en la cámara, de adorar al Nazareno, dramática y realista figura, obra de uno de esos grandes escultores ibéricos, que presintieron la estética del romanticismo y prefirieron el sentimiento y la expresión á la corrección de líneas y á la serenidad griega. Nunca se repetirá bastante que esta escultura genuinamente española, de los santos de madera, ha producido primores de arte, y de un arte que tiene el mérito de pertenecernos exclusivamente y ostentar el sello genuino de nuestra raza. El Nazareno de Medinaceli, vestido con una luenga túnica color de pensamiento bordada de oro, y colocado á la misma altura que los devotos que desfilan ante él, parece algo real y vivo, no imagen de madera; una persona, triste y grave, que nos mira y nos habla. Dos capuchinos, callados, le hacen la guardia. La gente pasa, pasa, no se interrumpe la corriente del río humano; y no he visto mayor compostura. No hay una carcajada, no hay un conato de desorden, aquí donde todo el mundo va á todo con el aire irónico del que desdeña lo mismo que está haciendo. La multitud (á la hora en que yo fui, por la tarde; la gente elegante había elegido la mañana) la componían mujeres de velito raído, hombres de faz seria, curtida, surcada por esas arrugas que son cicatrices de heridas recibidas en la batalla por el vivir; humildes burgueses y padres de familia, obreros rudos, mesocracia sin aspiraciones y con penas y estrecheces; turba á la cual bien podía decir el divino Nazareno: «Venid á mí, los que estáis abrumados, que yo os aliviaré.» Y la larga procesión no se interrumpía, y la cola era cada vez más prolongada, y se aguardaba pacientemente la vez para entrar, al través de los estrechos pasillos, en el aposento donde el Señor daba audiencia...

La dulzura de la tradición flotaba sobre las cabezas y suavizaba los corazones. En Madrid, donde ciertamente no se hace gran cosa para sostener el culto ni para prestarle interés y atractivo, hay, sin embargo, varias devociones populares de este género: arraigadas, conservadas, con la poesía innata que el pueblo cultiva sin darse cuenta. Y sin embargo, repito que apenas hay solemnidad en estas iglesias maritenses, y que la Semana Santa de la corte—al menos en las calles, desde que se ha suprimido la regia visita á los sagrarios—no ofrece cosa que digna de contarse parezca.

Las procesiones son más bien deslucidas. Ha aparecido, sin embargo, un señor, una persona sensata, que ha tenido la excelente idea de regalar á Madrid copias fieles de los célebres «Pasos» de Salzillo, que se admiran en Murcia. Llor al generoso donante. Veo en él al heraldo del renacimiento del buen gusto religioso, tan eclipsado desde que nos han invadido los quemables y antipáticos santos á la francesa, las figuras almibaradas y dulzonas de cartón piedra, retocadas de purpurina. Una nación donde tanto abundan las magnificencias artísticas en los templos; donde se conservan las obras de Gregorio Hernández y Salzillo, Montañés y Juan de Juni, ¿no debiera caminar por la vía que ellos dejaron expedita, en vez de aceptar género extranjero?

En ninguna parte, sino en España, se produjeron esas hechiceras figuritas del Niño Dios, ya con la mano extendida para bendecir, ya dormido sobre la cruz, ya sentado sobre un peñasco, abrazado á una calavera, inundado de lágrimas el rostro, viendo como en profecía los males del mundo. Pues bien; hoy, en lugar de limitarse á reproducir alguna de esas monerías, ó, si se quiere, de hacer que un gran escultor modele un Niño Jesús á la moderna, pero sentido y bello, lo que se hace en los conventos, iglesias y casas particulares que tienen oratorio ó capilla es adquirir en el primer bazar de objetos religiosos alguna de esas muñecas que hacen competencia á los bebés de porcelana ó de celuloide, y que el impudor industrial bautiza con el nombre irreverente de Niños de Belén. Tales monigotes soliviantan mi indignación de española clásica, y cuanto más bonitos los encuentran los devotos, más rabio. No sé apartar la idea de belleza de la del sentimiento religioso. Prefiero un rudo santo de palo, tallado al cuchillo por un pastor, á estos San José de sonrisa estereotipada, á estas Vírgenes abobadas, frías y convencionales como los cromitos que se dan de premio en colegios de niñas.

El señor que ha regalado los «Pasos» de Salzillo merece bien de todos los que creemos que el arte debe ir unido al culto como la sombra al cuerpo. Andando el tiempo, cuando ya los extranjeros, más despiertos, hayan cargado con todo lo que aquí teníamos, empezaremos á echar de menos los tesoros del antiguo arte religioso, sublime en su decadentismo—si se quiere dar este nombre á formas de nuestra devoción peculiar, realista y humana.

Serán restauradas y rehabilitadas las «imágenes de vestir» que, cuando están bien entendidas, son de un efectismo admirable. Nadie negará la hermosura de la *Dolorosa* española, la Madona de los siete puñales, cantada por Baudelaire, que supo, con fino instinto de artista, adivinar lo que en su niñez no sintió, pues al cabo no era español el poeta. Una *Dolorosa* vestida de negro terciopelo, orlada la faz por los encajes de su lúgubre toca, cruzadas las manos largas y pálidas que sostienen el pañuelo, y acribillado el pecho por los cuchillos agudos de puño de plata, es una de las cosas más románticas que se han podido imaginar. De sobra sabemos que la Madre de Dios no vestía así, ni llevaba tales cuchillos, símbolo de los misterios de dolor de la Pasión. Pero ¿acaso podemos responder de que la Virgen vistiese como está representada en ningún cuadro ó estatua de los infinitos que el arte consagró? Cada artista y cada época han sentido é interpretado á su modo la figura de María. Obedeciendo á influencia de raza, los artistas españoles la han imaginado con el continente austero de una dueña noble del tiempo de los Austrias, y han materializado la idea de sus dolores y sufrimientos al pie de la cruz con los puñales del martirio de su espíritu. Lo repito, volverá, no está lejos el tiempo en que—devoción aparte—se comprenda la intensa poesía de los grandes *Nazarenos* vestidos de morado y las *Dolorosas* de negro manto parecen nublados por un llanto incansante.

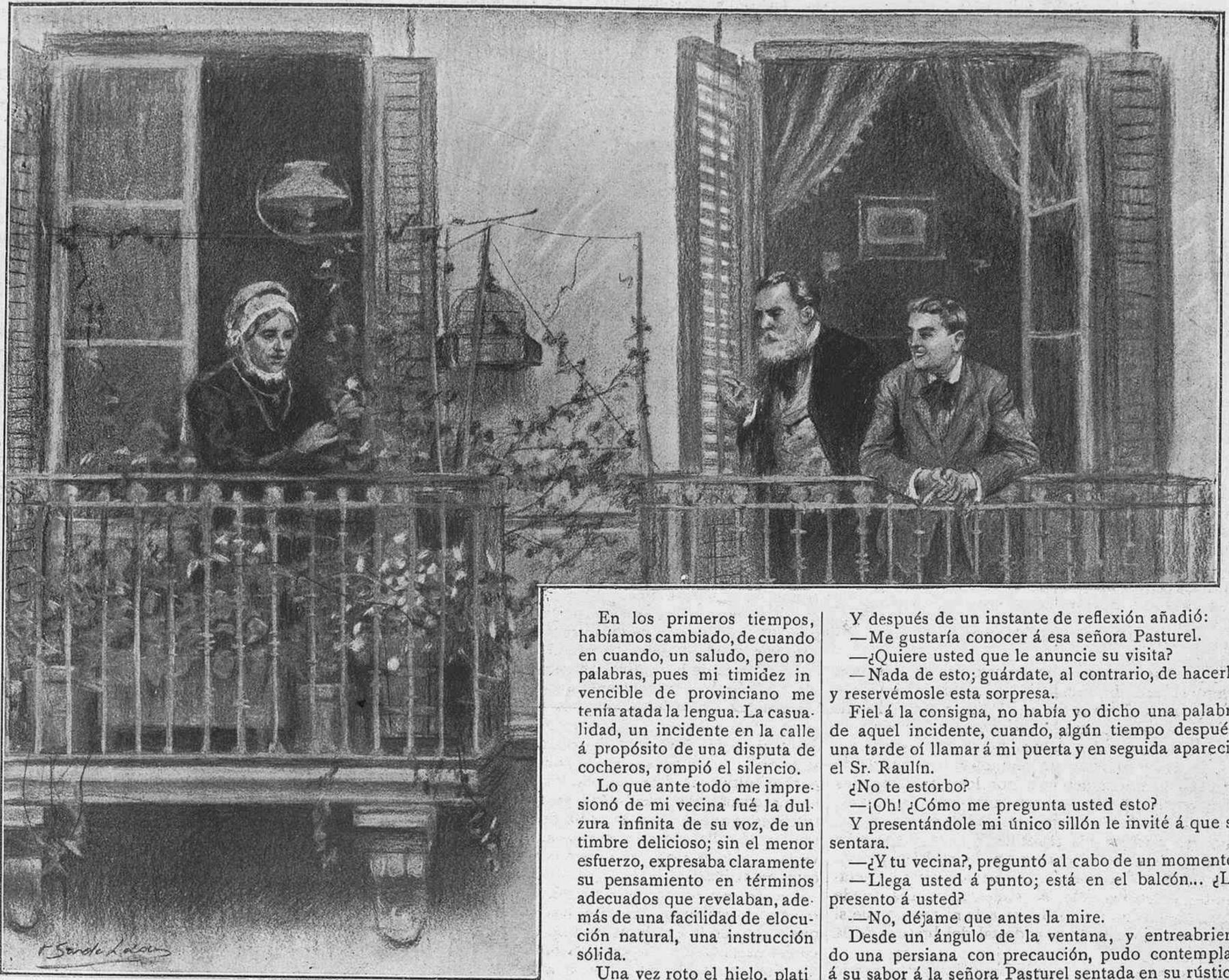
Algunas ceremonias religiosas de la Semana Santa madrileña no carecen de interés y esplendor. Entre ellas cuento el ostentoso culto de la capilla de Palacio, sin olvidar la extraña y solemne ceremonia del Lavatorio, y los Oficios que celebran las Ordenes militares. Tres de éstas, Calatrava, Alcántara y Montesa, se congregan en la iglesia de las Calatravas; la otra Orden, Santiago, los celebra sola en la iglesia de las Comendadoras, decorada con estandartes que recuerdan batallas y triunfos.

Tiene mucho de pintoresco el despliegue de los largos mantos blancos, en los cuales se conoce el tiempo que llevan de pertenecer á la Orden sus dueños, pues los santiaguistas jóvenes ostentan un trozo de tela de una albura de nieve, mientras los paños de los viejos han adquirido la ranciedad de un hábito de monje pintado por Zurbarán. El público que asiste á la arcaica y noble ceremonia, más que devoción, siente la curiosidad de estos blancos caballeros que cruzan como fantasmas y se inclinan y se postran ante la Cruz. Todo se comenta: la blasonada bolsa de damasco carmesí en que un criado correcto lleva el manto á la sacristía; la figura de cada santiaguista, su manera más ó menos airosa de hacer las genuflexiones, la gracia y soltura, ó todo lo contrario, con que recoge aquel río de tela que desde sus hombros rueda al suelo, y arrastra dos metros más allá de los pies. Y se alaba la gallardía del que maneja bien tan largo apéndice, y se pronuncian en voz baja nombres ilustres, que suenan como choque de tizonas en riña del siglo xvii. Hay un comentario simpático para la apostura y la juventud del infante de Baviera, santiaguista como su padre, el esposo de la infanta Paz; hay otro para el «gran aire» (como diríamos empleando un galicismo) del duque de Tamames, comendador de Montalbán, que lleva con señorío su manto, bajo el cual se entrevé su uniforme de coronel. Allá, detrás de la reja, se adivina á las monjas, las Comendadoras, freiras de la misma Orden, y todo ello, por unos instantes, hace revivir días pasados, sino precisamente aquellos en que los Maestros de la Orden hacían sombra al rey, siquiera los otros en que una leyenda quiere que un rey pintase sobre el jubón de un gran artista la venera roja, la cruz gladiada.

En las calles, alegría, buen humor, mantones de Manila cubiertos de flores extravagantes y llevados por mujeres morenas de pelo lustroso, que se dirigen á la Cara de Dios. ¡Qué salto, desde la melancólica iglesia de las Comendadoras al bullicio callejero!

Y en pos, el Sábado de Gloria, con la impaciencia por que den las doce de la noche, y se pueda engullir una chuleta ó un filete, como desquite de los cuatro días en que se ha rendido humilde tributo al bacalao y á las espinacas. A decir verdad, pocos son los que guardan la vigilia el Sábado de Gloria. Y yo creo que este horror al pescado dimana de que la gente no se ha enterado de las últimas teorías de la ciencia. La prescripción de alimentos vegetales y lactinios, como cura de innumerables enfermedades y prevención contra las demás, nos indica que ni pescado ni carne nos convienen. Otro régimen más sencillo priva ahora, y se vuelve á los sencillos alimentos de la égloga: leche, frutas, legumbres.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.



... y entreabriendo una persiana con precaución...

LOS DOS BALCONES (I)

Cuando yo era estudiante y vivía en el número 35 de la calle de Mazarino, tenía por vecina a una viejecita, de cabellos de un blanco de nieve, bastante abundosos todavía sobre su ancha frente y junto a las sienas ligeramente ondeados.

Sus ojos grandes, de mirar dulce, adornados de largas pestañas, daban a su fisonomía una expresión melancólica; pero su sonrisa era encantadora.

Habitaba, desde hacía treinta años, en el quinto piso de la casa contigua a la mía, y nuestros balcones apenas estaban separados por la distancia de medio metro.

Como desde que se inauguraba el curso en noviembre, el tiempo brumoso y frío nos obligaba a los dos a cerrar nuestras ventanas, muy pocas veces la había yo visto durante el invierno; pero en la primavera, cuando regresaron las golondrinas, pasábase á menudo largas horas en el balcón, que había transformado rápidamente en jardín.

Por medio de alambres tendidos y hábilmente entrecruzados, había conseguido construir una especie de glorieta; arrancando de cajas llenas de tierra, varias capuchinas de flores multicolores, clemátides, dulcamaras y otras enredaderas, enrollaban alrededor de los ligeros soportes sus espesos festones y su conjunto formaba un cenador umbroso impenetrable á los rayos del sol.

La viejecita, con un libro ó una labor en la mano, gustaba de sentarse en su banquillo rústico y en las cálidas tardes del verano seguía con visible complacencia y mirada soñadora el caprichoso vuelo de las nubes enrojecidas por los últimos destellos del astro del día, próximo á desaparecer en el extremo horizonte.

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la Société des gens de lettres y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

—¿Es usted normando, verdad?, preguntóme un día sonriente.

—¿Cómo lo ha conocido usted?, repliquéle en el mismo tono.

—¡Caramba! En el acento.

—¡Ah!, exclamé un tanto mortificado.

—Y además, por ciertas locuciones, por palabras del terruño.

—En efecto, soy del departamento de la Mancha, de Saint Hilaire-du-Harcouet.

—Es usted, pues, compatriota mío, porque yo también soy del Mortainais.

—¿De veras?

—Sí, soy oriunda de Cherencé-le-Roussel.

—¿Y cómo se llama usted?

—Señora de Pasturel.

Desde aquel momento, no pasó semana sin que evocásemos la imagen de nuestra tierra que ambos recordábamos con cariño y cuyo lejano espejismo ejercía, sobre ella especialmente, su poderosa fascinación.

Todos los primeros domingos de mes iba yo á comer en casa de un amigo de mi padre, D. Andrés Raulín, que vivía en el número 47 de la calle del arrabal de San Martín.

Viudo, retirado del comercio después de haberse enriquecido en él, no tenía más que una hija casada con un arquitecto, el Sr. Lamblin.

El Sr. Raulín, hombre excelente, amable narrador y de fáciles relaciones, me quería mucho y en verdad que yo le correspondía del mismo modo; aun hoy, en el umbral de la vejez, su recuerdo hace latir deliciosamente mi corazón.

Una noche, después de tomado el café y mientras fumábamos un cigarro, le hablé de mi vecina y al oír el nombre de Pasturel mostró gran interés por lo que le explicaba.

—Los Pasturel, díjome, forman legión en las inmediaciones de Cherencé-le-Roussel, pero no conozco ninguno que resida en París.

Y después de un instante de reflexión añadió:

—Me gustaría conocer á esa señora Pasturel.

—¿Quiere usted que le anuncie su visita?

—Nada de esto; guárdate, al contrario, de hacerlo y reservémosle esta sorpresa.

Fiel á la consigna, no había yo dicho una palabra de aquel incidente, cuando, algún tiempo después, una tarde oí llamar á mi puerta y en seguida apareció el Sr. Raulín.

—¿No te estorbo?

—¡Oh! ¿Cómo me pregunta usted esto?

Y presentándole mi único sillón le invité á que se sentara.

—¿Y tu vecina?, preguntó al cabo de un momento.

—Llega usted á punto; está en el balcón... ¿Le presento á usted?

—No, déjame que antes la mire.

Desde un ángulo de la ventana, y entreabriendo una persiana con precaución, pudo contemplar á su sabor á la señora Pasturel sentada en su rústica banqueta.

Al verla operóse visiblemente un trabajo mental en el Sr. Raulín; una vaga semejanza resucitaba en lo más hondo de su memoria los ecos de un pasado desaparecido y ante él se reproducían las escenas vívidas de su primera juventud, en visión rápida pero intensa y de un encanto conmovedor.

Substrayéndose con pesar á su contemplación, díjome el Sr. Raulín.

—Esa señora debe haber sido muy guapa.

—Y conserva una voz deliciosa, le repliqué.

Cuando salimos los dos al balcón, la anciana nos saludó con una graciosa inclinación de cabeza.

—Permítame señora, díjele entonces señalándole á mi acompañante, que le presente á uno de nuestros compatriotas del Mortainais..., D. Andrés Raulín.

—¡Andrés Raulín..., Andrés Raulín!, exclamó maquinalmente poniéndose de pie y abriendo desmesuradamente los ojos.

Una palidez de azucena invadió de pronto su rostro; un estremecimiento nervioso sacudió todo su cuerpo, y cerrando los párpados, murmuró una vez más el nombre de Andrés y cayó desmayada sobre su asiento.

El Sr. Raulín, con una vehemencia juvenil de que no le habría creído capaz, salvó ágilmente las balaustradas de nuestros balcones y cogiendo entre las suyas las manos inertes de la señora Pasturel, díjole con su acento más dulce:

—¡María!. ¡Mi querida María!. ¡Vuelva usted en sí, yo se lo ruego!.. Sí... Soy Andrés...

Y volviéndose á mí, díjome con energía:

—Ayúdame á transportarla á su cuarto.

—Inmediatamente salté por encima de los balaustres y en un momento colocamos á la señora Pasturel en su lecho; unas gotas de agua fresca con que rociamos su cara bastaron para hacerle recobrar el sentido.

Al vernos, no pudo contener un movimiento de sorpresa; pero vuelta muy pronto al sentimiento de la realidad, sus hermosos ojos se llenaron de lágrimas y con encantadora sonrisa dijo, poniendo su mano entre las del Sr. Raulín:

—¡Cuán feliz soy volviendo á verle, Andrés!  
Por discreción apresuráme á dejarlos solos, muy sorprendido, por otra parte, de aquel reconocimiento.  
Una hora después, reapareció en mi cuarto el Sr. Raulín, quien, presa de la mayor emoción, limitóse á decirme:

—Hoy no preguntes nada... Otro día te lo explicaré todo.

Y sin hablar más abrió la puerta y bajó la escalera.

No fué él, sin embargo, quien me descifró el enigma, sino la propia señora Pasturel, la cual me hizo el siguiente relato:

«Huérfana desde muy niña, sin más fortuna que unos cuantos billetes de mil francos, al morir mi padre, salí de Charence le Roussel, para instalarme en Juvigny-le-Tertre en casa de una anciana tía, la señora Mauger.

»Como sucede en las poblaciones pequeñas, en Juvigny-le-Tertre todo el mundo se conocía, y entre mi tía y la familia Raulín existían amistosas relaciones de vecindad.

»Andrés y yo, que teníamos la misma edad, crecimos juntos y nos veíamos diariamente; con los años, á la amistad sucedió otro sentimiento: Andrés me amó y yo le entregué toda mi alma.

»Pero desgraciadamente no habíamos contado con las exigencias sociales ni con la inflexible voluntad paterna.

»Cuando cumplí diez y nueve años, la señora Raulín me habló en los siguientes términos:

—Tú amas á Andrés y Andrés también querría casarse contigo; pero no serás nunca su esposa, porque, aparte de la semejanza de edad, lo que constituye ya un primer obstáculo, hay otro mucho más grave, tu carencia de fortuna. Mi hijo no es bastante rico para los dos y ni su padre ni yo daremos nuestro consentimiento á ese enlace; puedes, pues, darte por advertida. Si amas á Andrés, y creo realmente que le amas, la mejor prueba que de ello podrás darle será renunciar á él y no ser un estorbo á su porvenir. Tu tía está enterada de todo y, haciéndose cargo de mis razones, comparte mi opinión. Sábelo, pues, nuestra resolución es irrevocable.

»Después de esta declaración, caí gravemente enferma y durante un mes estuve entre la vida y la muerte; pero la juventud tiene una reserva tan grande de energías que pude escapar del peligro que me había amenazado.

»Durante mi convalecencia no quise recibir á nadie, y una vez restablecida del todo y fuerte, partí, sin despedirme de mis amistades, para París, en donde me habían encontrado una plaza en una mercería de la calle del Bac, número 51.

»Allí estuve treinta años. Al principio, la vida parecióme dura, porque mi sueldo era pequeño, pero poco á poco fué aumentando y mis principales, queriendo recompensar mis servicios, diéronme un día participación en las ganancias de la casa; á esto debo mis economías y la situación independiente de que disfruto.

»Varias veces he tenido ocasión de casarme; pero fiel á mi primer afecto, á mi amor puro y casto, rechacé todas cuantas proposiciones de matrimonio se me hicieron.

»Entretanto y de una manera indirecta supe el casamiento del Sr. Raulín, pero jamás volví á verle; y sin embargo el otro día, á pesar de los años transcurridos, le reconocí inmediatamente.

»Andrés me ha dicho que me había buscado en vano por todas partes, que me había esperado cinco

años y que al fin, desesperanzado de encontrarme y cediendo á las apremiantes instancias de su familia, habíase decidido á casarse.

la ceremonia religiosa; á los postres, siguiendo la buena costumbre de otros tiempos, se cantó y se bailó, abriendo el baile el señor y la señora de Raulín con su hija y su yerno.

Es la única vez en mi vida que he sido testigo de una boda.

ENRIQUE DATIN.

(Dibujo de Francisco Sardá).



La esposa y la hija del príncipe Pablo Troubetzkoi, retratos modelados por éste

PARIS.—EL TEATRO GUIGNOL

Aunque de apariencia humilde y rudimentario en sus formas, es este un espectáculo digno de estudio bajo muchos conceptos.

Cuatro tablas pintarrajeadas de colores chillones por fuera y en estado natural por dentro, con una abertura cerrada por un telón de boca, constituyen la fachada del escenario; el interior sin suelo, pues los artistas surgen y desaparecen generalmente por escotillón, se adorna con unas decoraciones, llamémoslas así, que no suelen pasar de dos, una calle y una sala.

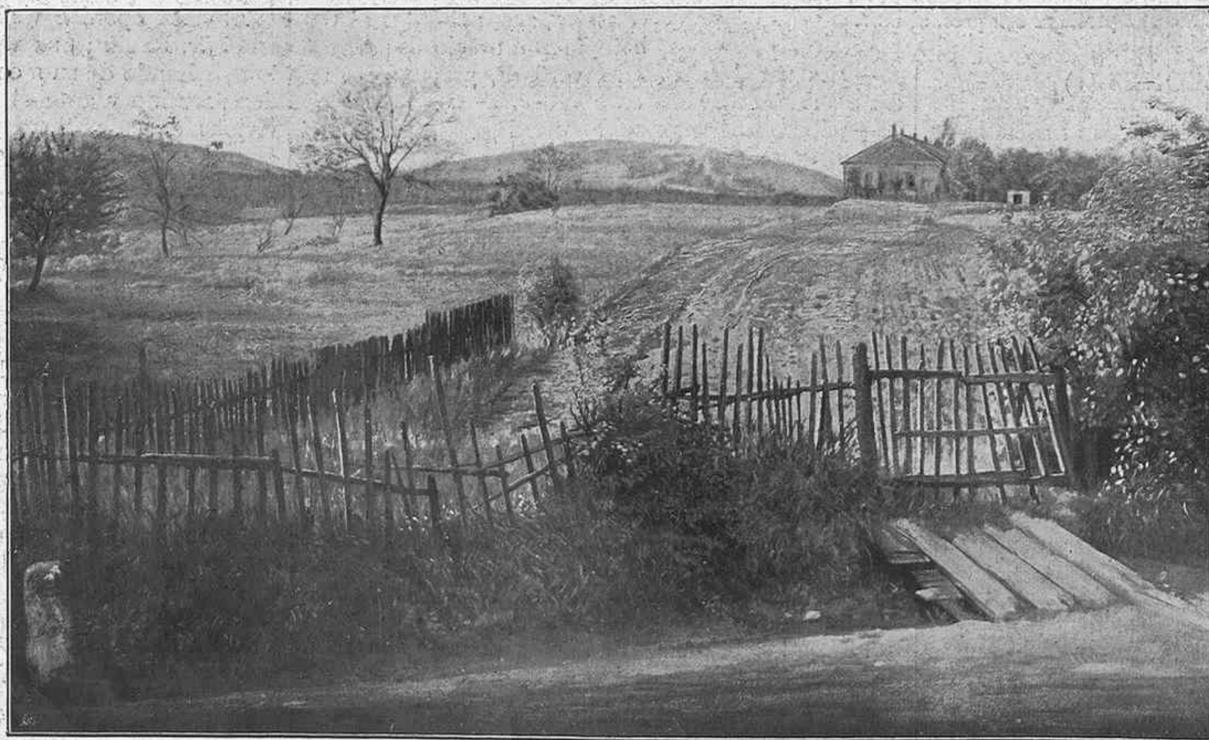
Los actores son unos muñecos, ó mejor medios muñecos de madera toscamente modelada y vestidos de trapos, que dos hombres, ocultos detrás de las tablas, mueven y hacen hablar, y cuyos movimientos enarados, grotescos y casi siempre violentos, contribuyen no poco al efecto de las representaciones. El número de estos actores es indeterminado, pero, por lo común, el máximo de los que están en escena es de cuatro, lo cual se explica porque cada uno requiere una mano y son únicamente dos, como hemos visto las personas que los manejan. Su voz es estridente y un tanto atiplada, y se obtiene mediante un pequeño aparato de hojalata que se colocan en la boca los declamadores.

El repertorio es sumamente variado en la forma, pero en el fondo es siempre el mismo; nos referimos, por supuesto, al repertorio genuinamente guignolesco, al tradicional. El argumento base del teatro Guignol es una serie de travesuras ingeniosas del protagonista que después de burlarse de sus acreedores, de cometer mil raterías y atropellos, de mofarse de la autoridad y de apalear á los golillas y polizontes acaba generalmente por caer en manos de la justicia, cuando no en las garras del demonio que se lo lleva al infierno en castigo de sus crímenes y de sus pecados.

»A no ser por usted, seguramente no nos habríamos visto nunca más.»  
El domingo siguiente, en el salón del arrabal Saint-Martin, díjome el Sr. Raulín antes de sentarse á la mesa:  
—Te agradeceré que no te comprometas para la noche del jueves y que vengas á comer con nosotros.  
—Con mucho gusto, le contesté.  
Y en seguida la señora de Lamblin añadió:  
—A las cinco, mi marido y yo iremos á la calle de

Pero lo más interesante de este espectáculo es, sin duda alguna, el público. Mucho podríamos escribir sobre el efecto que en los infantiles espectadores causan esas representaciones, sobre el regocijo franco con que son acogidas las primeras tretas, por lo común poco dañosas, de Guignol; sobre la alegría ya más contenida y reservada á medida que las hazañas del héroe van tomando el cariz de hechos punibles, y sobre el sentimiento mezcla de satisfacción y de pesar al mismo tiempo con que es visto el castigo final del simpático bribón. Las risotadas de los niños, sus sonrisas, las distintas expresiones de sus rostros en el curso de la representación, reveladoras de temperamentos distintos, son elementos preciosos para un estudio de psicología infantil.

Aparte de esto, todo ello reunido forma un conjunto altamente pintoresco digno de atraer la atención del artista. Bien lo demuestran las fotografías que reproducimos en la página siguiente, algunas de las cuales son verdaderos cuadros deliciosamente simpáticos y bellos.—S.



Paisaje de primavera, cuadro de F. Matsch

Mazarino á buscar á la señora Pasturel, mi futura madrastra, á quien amo ya con todo mi corazón, y recogeremos á usted... Se trata del banquete de desposorios, terminó sonriendo amablemente.

—Supongo, Enrique, prosiguió el Sr. Raulín, que el día de mi boda querrás servirme de testigo. ¿Acaso no eres tú la causa de mi matrimonio?

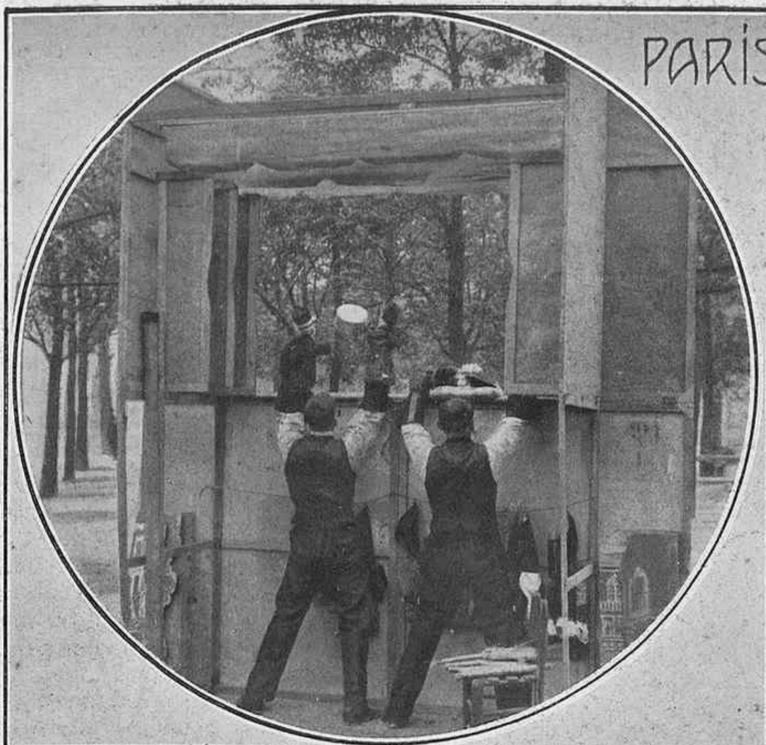
—Con el mayor placer, le respondí.  
Un mes después, el párroco de San Sulpicio daba la bendición nupcial á aquella pareja sexagenaria, radiante de plácida felicidad y de alegría reprimida.

Nada más encantador que la comida que siguió á

la ceremonia religiosa; á los postres, siguiendo la buena costumbre de otros tiempos, se cantó y se bailó, abriendo el baile el señor y la señora de Raulín con su hija y su yerno.

Es la única vez en mi vida que he sido testigo de una boda.

PARÍS.- EL TEATRO GUIGNOL DE LOS CAMPOS ELÍSEOS



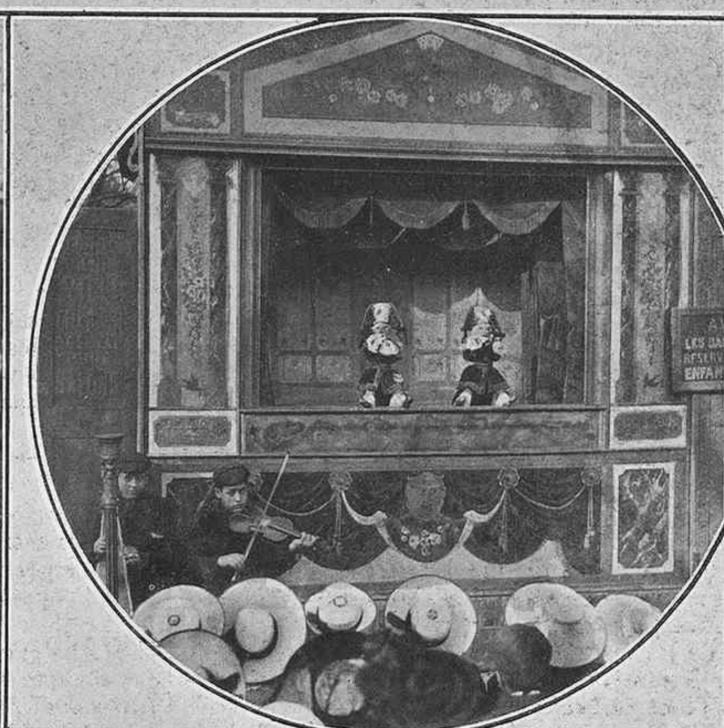
*El teatro Guignol por dentro.*



*Al levantarse el telón.*



*En plena representación.*



*Una escena interesante.*



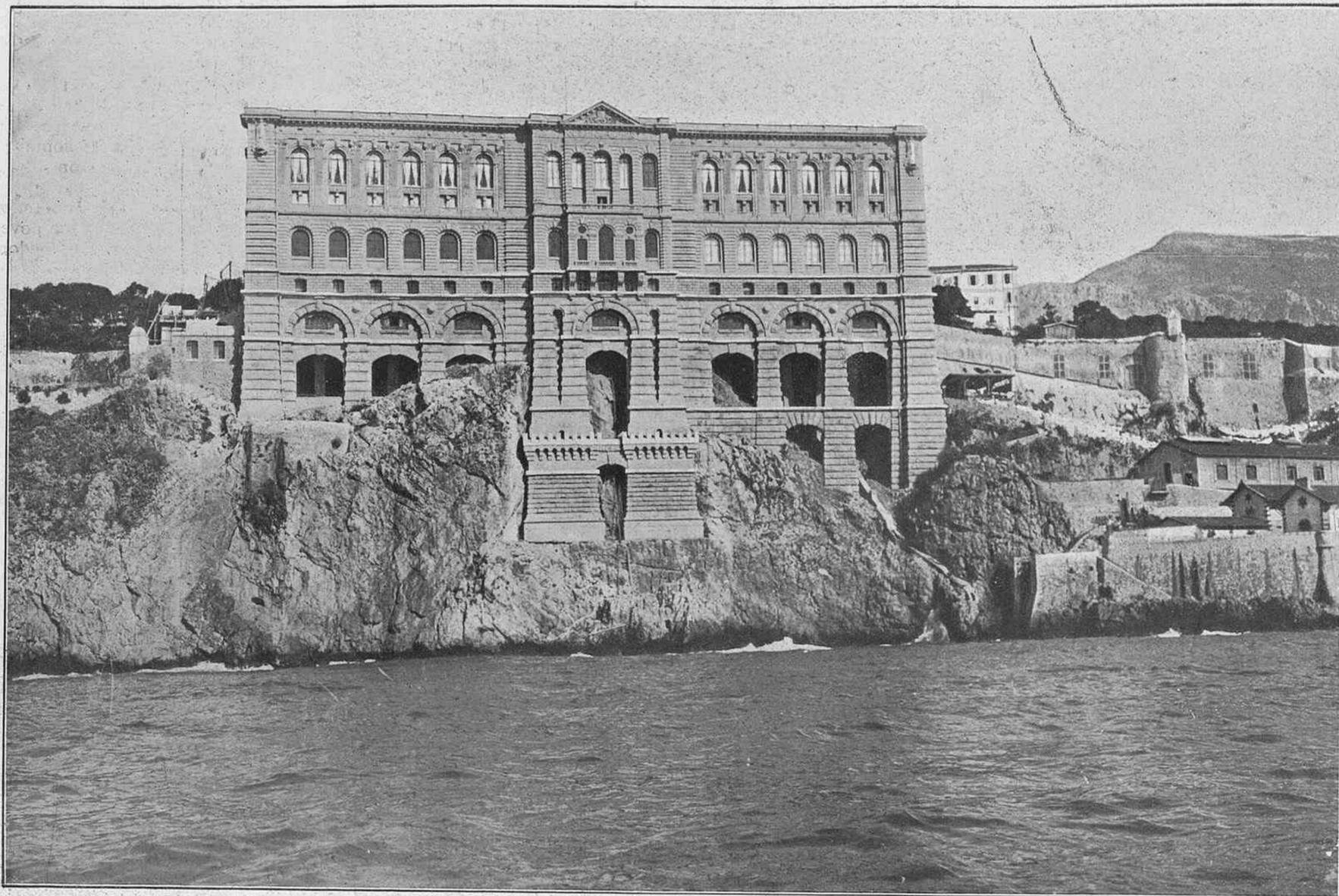
*Homenaje de la inocencia.*



*Efecto del homenaje en el público.*

(De fotografías de Carlos Trampus.)

## MÓNACO.—EL MUSEO OCEANOGRÁFICO FUNDADO POR S. A. EL PRÍNCIPE ALBERTO I



Mónaco —Vista del Museo Oceanográfico fundado por S. A. el príncipe Alberto I y solemnemente inaugurado el día 29 de marzo último  
(De fotografía de Rapid.)

Con grandes solemnidades científicas y brillantes fiestas se ha inaugurado recientemente en Mónaco el Museo Oceanográfico fundado por S. A. el príncipe Alberto, construido á sus expensas y por él dotado de las magníficas colecciones que ha logrado reunir durante sus veinticinco años de continuos viajes de exploración y de estudio.

El edificio, al que con razón se denomina Palacio del Mar, se levanta en el inmenso peñasco en donde está situado el palacio Grimaldi, residencia del príncipe, y que se alza perpendicularmente sobre el Mediterráneo. Su construcción, que todo el mundo consideraba atrevida y muchos calificaban de temeraria, ha durado diez años, pues la primera piedra fué colocada en 1899.

El museo es un edificio alargado compuesto de un cuerpo central, de 20 metros de largo por 15 de ancho, y de dos alas laterales de 40 metros de largo cada una. La entrada principal está en la fachada que da á la avenida Saint-Martin y que por su estilo elegante se armoniza perfectamente con aquel delicioso paseo y con los hermosos jardines que se extienden de

delante de la morada del príncipe; la otra fachada, la que da sobre el mar, es de un carácter severo admirablemente adecuado á la ciclópea masa roquiza que le sirve de base.

La planta baja del edificio está dividida en tres partes, un atrio central y dos grandes salas; la sala de la derecha, destinada á conferencias y congresos internacionales, tiene una suntuosa decoración, obra de Lucas y de Cavallé Coll; la de la izquierda contiene los instrumentos de oceanografía y las colecciones recogidas por el príncipe. En el atrio hay una

bellísima escultura que representa á Su Alteza Serenísima en la pasarela del buque en que efectúa sus expediciones.

El primer piso tiene la misma distribución que la planta baja; en el atrio hay los modelos de los barcos en que sucesivamente ha viajado el príncipe Alberto: el *Hirondelle*, el *Princesse Alice I* y el *Princesse Alice II*. Este último, que es el en que actualmente viaja, es un vapor de acero de 73 metros de eslora por 10'40 de manga y de 1.400 toneladas, que navega á una velocidad de 13 millas por hora. El centro del atrio lo ocupa una ballenera perfectamente armada para la pesca del gigantesco cetáceo.

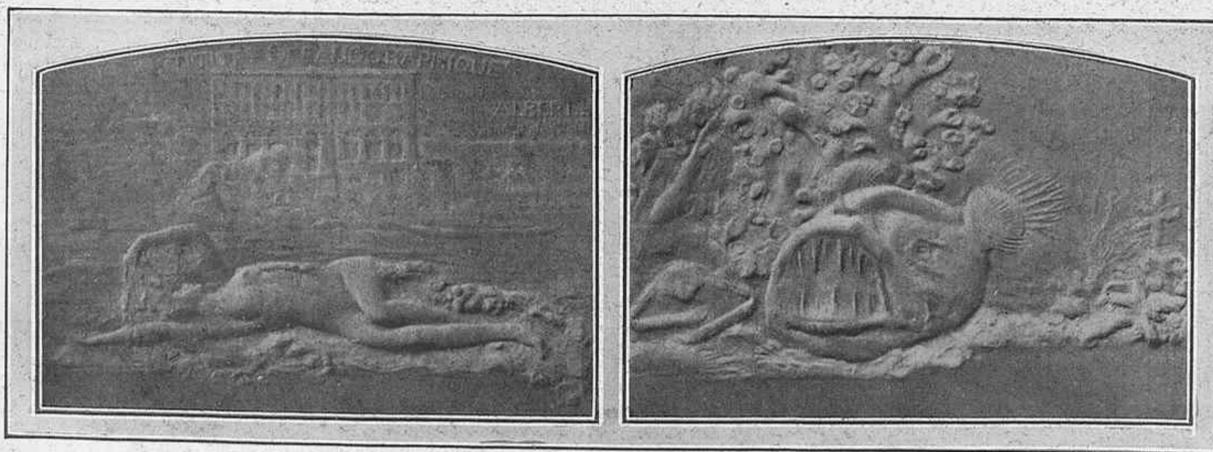
La inauguración del museo se efectuó el día 29 de marzo último y á ella asistieron representantes de los gobiernos de España, Francia, Portugal, Italia y Alemania, y de las academias y corporaciones científicas siguientes: Academia de Ciencias de Madrid, Instituto de Francia, Academia de Bellas Artes de París, Academia de los Lincei de Roma, Real Sociedad de Londres, Academia de Ciencias de Berlín, Academia de Ciencias de San Petersburgo, Academia de Ciencias de Viena, Colegio de Francia, Oficina de las Longitudes de París, Museo de Historia Natural de París, Conservatorio de Artes y Oficios de París, Universidad de París, Real

Sociedad de Geografía de Londres, Sociedad de Geografía de París, Sociedad de Geografía de Berlín, Sociedad de Geografía de Viena, Instituto Pasteur, Comisión Internacional para la exploración de la alta atmósfera, Liga Marítima de Portugal, Museo Oceanográfico de Berlín, Escuela de Antropología de París y Sociedad de Biología de París.

Concurrieron, además, muchas ilustres personalidades científicas.

El acto fué solemnisimo y en él pronunciaron elocuentes discursos el príncipe Alberto, el ministro de Negocios Extranjeros de Francia Sr. Pichón y los delegados español, alemán, italiano y portugués.

Para conmemorar la inauguración del museo, el príncipe ha mandado acuñar una planchita, de la que seis ejemplares en oro serán para él y para los soberanos de España, Alemania, Italia y Portugal y para el presidente de la República Francesa. Entre los demás invitados oficiales se distribuirán cien ejemplares en plata y veinte en bronce. —P.



Plancha conmemorativa de la inauguración del Museo Oceanográfico

Las salas tienen, en todo su alrededor, una galería alta en la que están instalados todos los aparatos de pesca.

El terrado del museo domina el mar, á una altura de 80 metros, y desde ella se goza de una vista incomparable.

En los sótanos hay los laboratorios de química y de zoología, las salas destinadas á la preparación de ejemplares de muestra, las bibliotecas, los gabinetes de trabajo para los sabios extranjeros y los acuarios de estudio.



Presentación de los caballos de silla «hacks»

## PARIS.—CONCURSO HÍPICO

Una de las fiestas más brillantes que en París se celebran en los comienzos de la primavera es el Concurso hípico, no sólo porque á él concurre la más elegante sociedad parisiense ostentando las damas las últimas creaciones de la moda, sino además por el número y la calidad de los caballos y de los coches que en él se presentan y por la maestría de los jinetes que toman parte en los variados ejercicios que forman el programa.

El de este año, que se celebra en el Grand Palais, se inauguró el día 22 de marzo y comenzó por la presentación de caballos de cuatro, cinco y seis años enganchados; muchos fueron los premiados, habiéndose concedido un premio extraordinario á un hermoso bayo de cuatro años, *Galión*.

Siguieron luego los exámenes de equitación de jóvenes de quince á veintidós años, habiéndose otorgado varias medallas de vermeil, y terminó la jornada con las pruebas de obstáculos del premio Saint Georges, en las



Presentación de caballos enganchados. (De fotografías de M. Rol).

que venció en primer término el caballo *Salamek*, montado por el conde Gordón.

Comenzó el segundo día con la presentación de enganches de un caballo;

el Sr. Carión con su caballo *Donzelle*. Hasta aquí llegan las últimas noticias en el momento en que escribimos estas líneas. Todas las sesiones del concurso se han visto concurridísimas por un público elegante y aristocrático.—G.

fué un espectáculo magnífico el desfile de los setenta y dos vehículos que se habían inscrito en este concurso de premios internacionales. En la carrera de obstáculos para el premio de la «Preservatrice» tomaron parte ciento siete jinetes.

Continuaron en el tercer día las pruebas de obstáculos del premio «Preservatrice»; éste fué adjudicado al Sr. de Montergón, que montaba su caballo *Galant*; presentáronse los enganches de la segunda categoría y empezaron las pruebas para el premio de las Damas que se disputaron noventa y dos jinetes, saliendo vencedor el Sr. Brodin, montado en su caballo *Bruyere*.

El cuarto día hubo nuevos exámenes de equitación, presentación de caballos de silla «hacks» para los premios internacionales y carreras de los mismos al paso, al trote y al galope. Fué éste uno de los números que más



El general Deparge, presidente del jurado, distribuyendo los premios internacionales á los caballos de silla «hacks.»

llamaron la atención por su elegancia; el primer premio lo obtuvo el caballo *Cock-Robin*, montado por la señora Goldsmith. Terminó la jornada con las grandes pruebas de saltos de obstáculos de los premios de la «Prevoiance», en las que fué clasificado en primer lugar el conde Bertereche de Menditte con su caballo *Cabri*.

Ciento cuatro caballos estaban inscritos para el premio La Haye Jouselin, que se corrió el quinto día; montados por *gentlemen*, debían saltar catorce grandes obstáculos.

Esta prueba terminó el día sexto, habiendo alcanzado el primer premio el vizconde de Malherbe con su caballo *Rayon d'Or*. Aquel mismo día corrió el premio Juigné, que fué ganado por el *Safeti-Pin* del Sr. Royer.

El día siguiente fué dedicado á la presentación de troncos enganchados, en la que fueron premiados en primer lugar *Volant* y *Papillon*, del Sr. Bourcart, y á las pruebas de obstáculos para el premio del Consejo general, en las que venció con el número uno



La Cenicienta, escultura de Bessie Potter Vonnob



Joven madre, escultura de Bessie Potter Vonnob



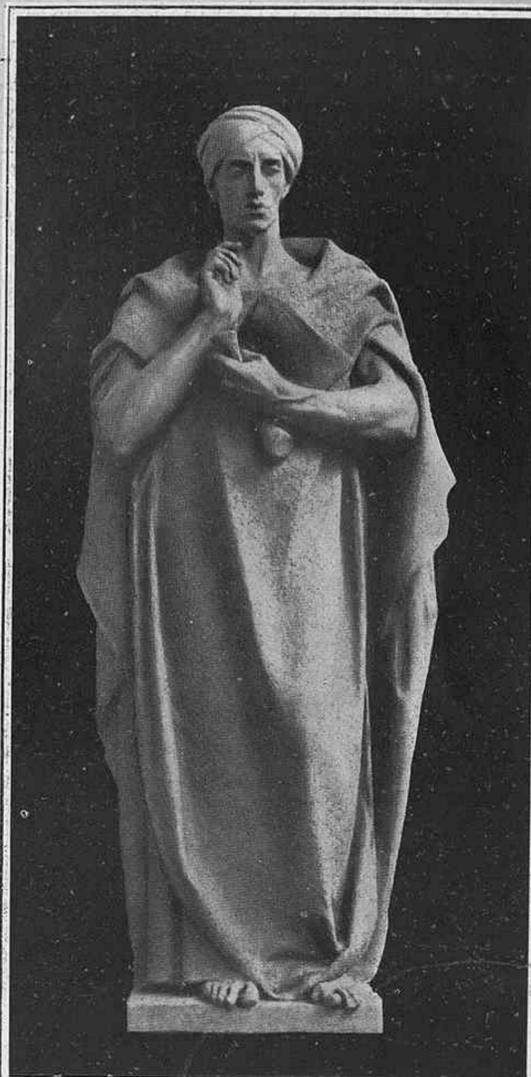
Mascarilla, cuadro de D. Morelli que se conserva en el Castillo Sforza de Milán. (De fotografía remitida por Argus Photo Reportage.)



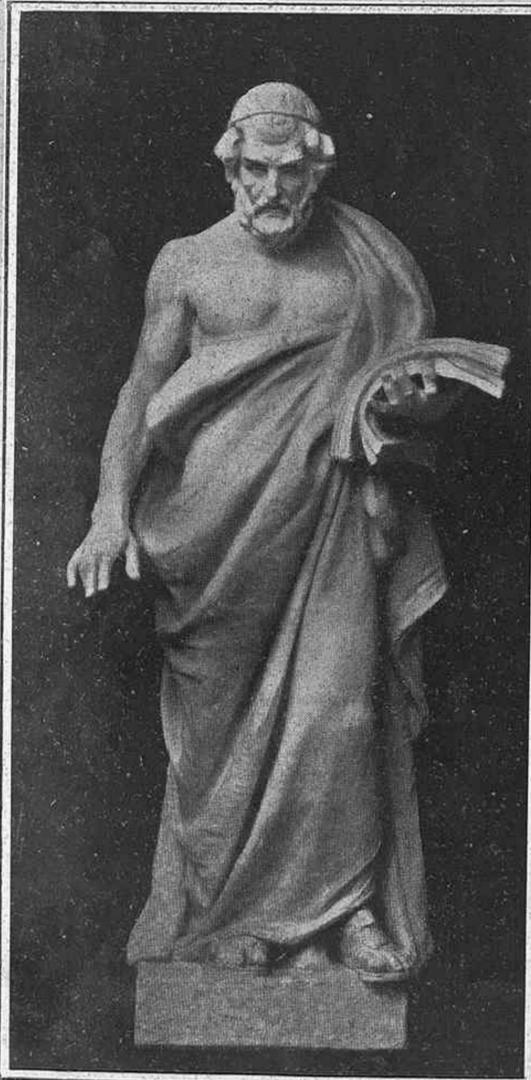
*El genio de Islam.*



*El Apóstol.*



*Legislador indio.*



*La poesía épica Griega.*



*Estadista Romano.*

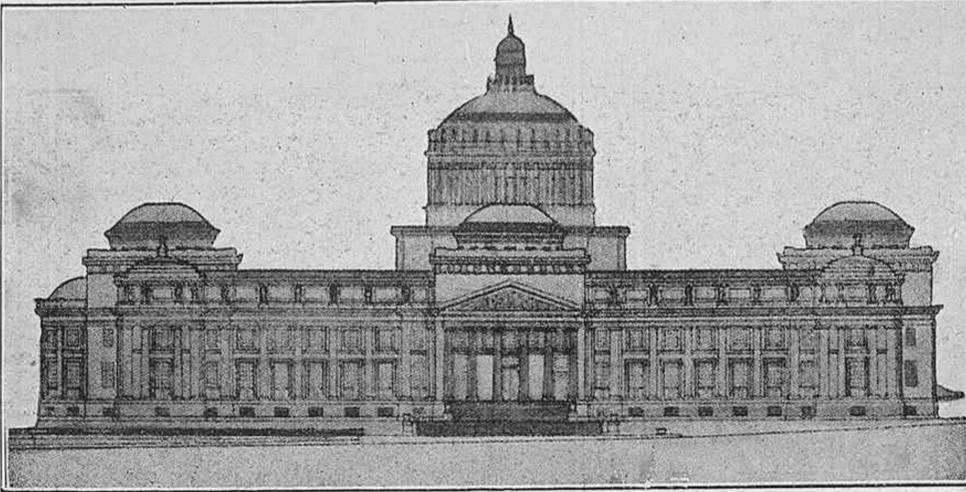


*Filosofía china.*

Reproducciones de algunas de las estatuas que, en número total de ochenta, se colocarán á lo largo de las cornisas de las cuatro fachadas del museo. La majestuosa cúpula central que corona éste ha sido reservada, como el sitio más apropiado, para la estatua del Redentor, como indicando que su sabiduría está por encima de todas las demás y á todas las demás domina. (Véase el artículo de la página 226). (Reproducción autorizada por el «Boletín de la Oficina Internacional de las Repúblicas Americanas.»)

NUEVA YORK. - EL EDIFICIO PARA MUSEO DEL INSTITUTO DE ARTES Y CIENCIAS DE BROOKLIN

El Instituto de Artes y Ciencias de Brooklin, Nueva York, está construyendo actualmente el magnífico edificio para museo cuya vista reproducimos adjunta.



Nueva York.—Vista del nuevo edificio para museo que está construyendo el Instituto de Artes y Ciencias de Brooklin

Aparte de la grandiosidad y de la belleza arquitectónica de la fábrica, lo más importante de la misma serán las ochenta estatuas que se colocarán á lo largo de las cornisas de las cuatro fachadas...

El objeto del Instituto, al ordenar la ejecución de estas esculturas, algunas de las cuales reproducimos en la página anterior, es representar por medio de ellas la correlación de las artes y de las ciencias de las diferentes civilizaciones del

Para todo el edificio se necesitarán ochenta estatuas monolíticas y dos grupos escultóricos para los pórticos Norte y Sur y el coste de esos ornamentos monumentales será sufragado por la ciudad de Nueva York.

A fin de determinar el carácter de las estatuas, su situación en la cornisa de las cuatro fachadas y la selección y el sitio de los nombres de los representantes de los grandes períodos de la historia del mundo...

los nombres de los representantes de los grandes períodos de la historia del mundo, se tomó como guía el plano oficial del edificio y se destinaron los cuatro cuadrantes iguales de éste á distintas épocas: las galerías del primer piso del cuadrante Nordeste á los grandes imperios de Oriente...

nes y arquitectura de la Edad media y del Renacimiento; y las del cuadrante Sudeste á las artes de Europa y América modernas.

Cada cuadrante tendrá veinte estatuas y con objeto de facilitar y concretar la expresión de los temas señalados á los artistas, formáronse unos cuadros de clasificación con tres columnas: en la primera se designó aquello con que cada raza ó pueblo ha contribuído especialmente á la civilización del mundo...

La majestuosa cúpula central que corona el edificio ha sido reservada, como sitio de honor y más apropiado, al Redentor, cuya estatua se levantará triunfalmente en el punto más culminante del edificio...



El ilustre literato francés vizconde Melchor de Vogüé, fallecido en París en 24 de marzo último. (De fotografía de M. Rol.)

mundo, tanto antiguo como moderno. Después de escogidos por una comisión de sabios de América y de Europa los escultores que habrán de llevar á cabo la obra, el municipio neoyorkino celebró un contrato con Mr. Daniel C. French para la ejecución de la primera serie de treinta estatuas...

EL VIZCONDE DE VOGÜÉ

El eminente escritor recientemente fallecido en París, Melchor de Vogüé, nació en Niza en 1848, hizo sus estudios en Nuestra Señora de Auteuil y en 1870 alistóse como voluntario mereciendo la medalla militar por su bravo comportamiento durante la guerra franco-prusiana.

Entre sus principales obras citaremos; Viajes al país del pasado, Siria, Palestina, Monte Athos; Historias orientales; Recuerdos y visiones; Espectáculos contemporáneos; Miradas históricas y literarias; Horas de historia; Ante el siglo, Juan de Agreve; Los muertos que hablan; El amo del mar y sobre todo su libro sobre la Novela rusa...

Fué un idealista ferviente. Cuando allá por el año 1885 la literatura francesa entró de lleno en el realismo dando preferencia al método experimental y atribuyendo un interés casi exclusivo al valor de la observación, el vizconde de Vogüé salió en defensa de los fueros del espíritu y recordó á los literatos que el hombre no es sólo un pedazo de barro...

MONUMENTO Á HORACIO WELLS

El día 27 de marzo último se inauguró en París un monumento á Horacio Wells, el inventor de la anestesia quirúrgica, que se alza en el square de los Estados Unidos...

El acto fué presidido por el Sr. Dastre, miembro de la Academia de Medicina y de la Academia de Ciencias, y á él concurrieron representaciones del gobierno y de muchas entidades científicas y también muchas personas de la alta sociedad parisiense y de la colonia norteamericana.

El Sr. Quincero, presidente del comité del monumento y profesor de la Escuela dental de París, trazó á grandes rasgos la biografía de Wells que, después de haber sido el primero en aplicar el protóxido de ázoe para suprimir el dolor é inventado en 1844 la anestesia quirúrgica, volviójse loco ante la propaganda de médicos y dentistas que se atribuían aquel descubrimiento y se suicidó.

Pronunciaron otros discursos encomiásticos Mr. Jenkins, del «American Dentist Club of Europa,» y los Sres. Berry, diputado; Mignot, vicepresidente del Consejo Municipal; Dastre, eminente sabio belga, miembro del Instituto de Francia, y otros.

Espectáculos.—BARCELONA.— Se han estrenado con buen éxito: en Romea Fontalegría, comedia en dos actos de Pompeyo Crehuet; en el Tivoli Ohé! Ohé! Miss Flory del rey de la gutapercha, viaje de espectáculo en dos actos y diez cuadros de Alejandro Soler y José Jordá...

En el «Palau de la Música Catalana,» el eminente pianista Sauer ha dado el primero de los dos conciertos que anuncia como de despedida; en él ejecutó el genial artista tres Sonatas de Scarlatti, la Sonata op. 10 de Beethoven, Novellette y Ha-



París.—Monumento á Horacio Wells, el inventor de la anestesia quirúrgica, inaugurado el día 27 de marzo último, obra del escultor Bcutet. (De fotografía de M. Rol.)

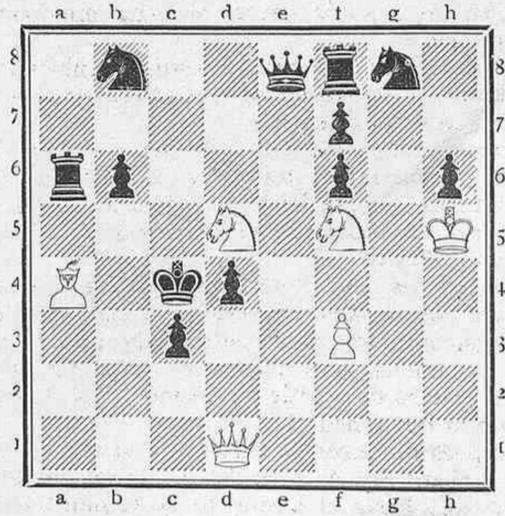
Ucinacions de Schumann, Balada op. 38, Nocturno op. 37 y Estudio de Chopin, Clair de lune de Debussy, Vollubilité y Murmures du vent, composiciones suyas, y Vals de Mephisto número 1 de Liszt.

En el Liceo ha comenzado el Festival Wagner, habiéndose cantado hasta ahora El buque fantasma y las dos primeras partes de la Tetralogía, El oro del Rhin y La Walkyria...

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 541, POR V. MARÍN

NEGRAS (11 piezas)



BLANCAS (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 540, POR V. MARÍN

Blancas.

- 1. D b3-d1
2. Cd2-c4
3. C6P mate.

Negras.

- 1. C b2xd1
2. Cualquiera.

VARIANTES.

- 1.... D b1xd1; 2. e2-e4 jaque, etc.
1.... Tf1xd1; 2. Cd2-f3, etc.
1.... Chs-f2; 2. Cd2-f3, etc.
1.... Otra jug.ª; 2. e2-e4 jaque, etc.

## EL FANTASMA DE «LA ÓPERA»

NOVELA ESCRITA POR GASTON LEROUX.—ILUSTRADA POR ARCADIO MAS Y FONDEVILA. (CONTINUACIÓN)



— Señor comisario, ese ángel se llama Erik, habita en la Ópera y es el ángel de la música

Y ella se deja llevar, pues la Giry no es ya más que una pobre figura desplumada, extraviada de espanto, abriendo unos ojos de gallina asustada bajo una cresta en desorden, oyendo ya en el sonoro pasillo los pasos del comisario con que está amenazada y dando unos suspiros que hubieran podido partir las columnas de la gran escalera.

Mientras tanto, Richard se inclina, hace una reverencia y anda de espaldas, como si tuviera delante al alto y omnipotente personaje.

Solamente que si aquellas marcas de respeto no hubiesen despertado ninguna extrañeza en el caso de que delante del director se hubiese encontrado el subsecretario, causaron á los espectadores de esta escena tan natural, pero tan inexplicable, una estupefacción muy comprensible siendo así que delante del director no había nadie.

Richard saludaba al vacío, se inclinaba delante de la nada y andaba hacia atrás ante el espacio...

Y en fin, á pocos pasos, Moncharmin hacía lo mismo que él.

Y rechazando á Remy, suplicaba al embajador de la Torderie y al director del Crédito Central «que no tocasen al señor director.»

Moncharmin, que tenía su idea, no quería que dentro de un momento, si desaparecían los veinte mil francos, viniese Richard á decirle que podían haber sido el embajador, el director del Crédito ó el secretario Remy.

Con mucha mayor razón cuanto que, cuando la primera escena, Richard, según confesión propia, no había encontrado á nadie después de rozarse con la Giry en aquella parte del teatro... ¿Por qué, puesto que se trataba de repetir los mismos actos, había de encontrar hoy á nadie?

Después de haber andado hacia atrás para saludar, Richard siguió andando del mismo modo por prudencia... hasta el pasillo de la administración... De esta manera estaba siempre vigilado por detrás por Moncharmin y vigilaba él mismo sus alrededores por delante.

Repetimos que este modo tan nuevo adoptado para pasearse por el escenario por los directores de la Escuela Nacional de Música, no debía, evidentemente, pasar inadvertido.

Todo el mundo reparó en él.

Y felizmente para Richard y Moncharmin, en el momento de tan curiosa escena estaban las bailarinas en sus cuartos.

De no ser así, hubieran tenido un éxito con las muchachas.

Pero ellos no pensaban más que en sus veinte mil francos.

Llegado al pasillo semiobscurto de la administración, Richard dijo en voz baja á Moncharmin:

—Estoy seguro de que nadie me ha tocado. Ahora vas á ponerte bastante lejos de mí y á vigilarme en la sombra hasta la puerta de mi despacho... No hay que advertir á nadie, y ya veremos lo que pasa.

Pero Moncharmin replicó:

—¡No, Richard, no! Anda delante... y yo inmediatamente detrás. No me separo de ti ni un paso.

—Pero, exclama Richard, de ese modo jamás nos podrán robar nuestros veinte mil francos...

—¡Así lo espero!, declara Moncharmin.

—¡Entonces, lo que estamos haciendo es absurdo!

—Estamos haciendo exactamente lo mismo que hicimos la última vez... La última vez me reuní contigo á la salida del escenario, en el rincón de este pasillo, y te seguí pisándote los talones.

—La verdad es que así fué, suspira Richard moviendo la cabeza y obedeciendo pasivamente á Moncharmin.

Dos minutos después, los dos directores se encerraban en el despacho de la dirección.

Moncharmin se metió la llave en el bolsillo.

—Así nos quedamos encerrados los dos la última vez, dijo, hasta el momento en que saliste de la Ópera para volver á tu casa.

—¡Es verdad! ¿Y no vino nadie á hablar con nosotros?

—Nadie.

—Entonces, dijo Richard, que se esforzaba por

reunir sus recuerdos, fuí robado seguramente en el trayecto de la Ópera á mi domicilio.

—¡No!, dijo Moncharmin en un tono de más eco que nunca. ¡No! Eso no es posible, porque te llevé á tu casa en mi coche. Los veinte mil francos desaparecieron en tu casa, eso ya, para mí, no admite duda.

Tal era la idea que tenía ahora Moncharmin.

—Eso es increíble, respondió Richard en tono de protesta. Estoy seguro de mis criados, y si uno de ellos hubiera hecho tal cosa, hubiera desaparecido después.

Moncharmin se encogió de hombros como diciendo que él no entraba en esos detalles.

En vista de lo cual, Richard empieza á encontrar que Moncharmin se está dirigiendo á él en un tono insoportable.

—¡Moncharmin, basta!

—¡Richard, y sobra!

—¿Te atreves á sospechar de mí?

—Sí, de alguna broma deplorable.

—¡No se bromea con veinte mil francos!

—Soy de la misma opinión, declara Moncharmin desplegando un periódico y sumiéndose con afectación en su lectura.

—¿Qué vas á hacer?, pregunta Richard. ¿Vas á leer ahora el periódico?

—Sí, Richard, hasta la hora en que te lleve á tu casa.

—¿Como la última vez?

—Como la última vez.

Richard arranca el periódico de las manos de

Moncharmin, y éste se levanta, más furioso que nunca, y encuentra delante de él un Richard exasperado que le dice, cruzándose de brazos, además de insolente desafío desde el principio del mundo:

—Oye, dice, lo que se me ocurre. Estoy pensando en lo que yo podría sospechar si, como la última vez, después de haber pasado la velada contigo, me llevases á mi casa, y en el momento de separarme de ti, notase que los veinte mil francos habían desaparecido de mi bolsillo, como la última vez.

—¿Y qué podrías pensar?, exclama Moncharmin poniéndose como una escarlata.

—Podría pensar que, puesto que no te has separado de mí ni una línea y has sido el único que se ha acercado á mí, como la última vez, si los veinte mil francos no estaban en mi bolsillo, tenían muchas probabilidades de encontrarse en el tuyo.

Ante tal hipótesis, Moncharmin dió un salto.

—¡Oh!.. ¡Un imperdible!

—¿Qué quieres hacer con un imperdible?

—¡Atarte!.. ¡Un imperdible!.. ¡Un imperdible!..

—¿Quieres atarme con un imperdible?

—¡Sí, atarte á los veinte mil francos!.. De este modo, bien sea aquí, en el trayecto de tu casa ó en ella, sentirás la mano que te tire del bolsillo, y verás si es la mía, Richard... ¡Ah! ¿Ahora eres tú el que sospecha de mí?.. ¡Un imperdible!

Y en este momento fué cuando Moncharmin abrió la puerta del pasillo, gritando:

—¡Un imperdible!.. ¿Quién me da un imperdible?

Y sabemos también como recibió Moncharmin en este instante al secretario Remy, que no tenía imperdible, mientras un portero procuraba al director el alfiler tan deseado.

Y he aquí lo que sucedió.

Moncharmin, después de haber vuelto á cerrar la puerta, se arrodilló detrás de Richard.

—Supongo, dijo, que los veinte mil francos siguen estando ahí.

—Así lo creo, respondió Richard.

—¿Los verdaderos?, preguntó Moncharmin, que estaba bien decidido esta vez á que no «se la diesen.» —Míralo tú; yo no quiero tocarlos, declaró Richard.

Moncharmin retiró el sobre del bolsillo de Richard y sacó de él los billetes, temblando. Se cercioró de que estaban todos y de que eran muy auténticos, los reunió en el bolsillo del taldón y los prendió cuidadosamente con el alfiler imperdible.

Después de lo cual, se sentó detrás del faldón y no le quitó ya ojo, mientras Richard, sentado á su mesa, no hacía movimiento.

—Un poco de paciencia, Richard, recomendó Moncharmin. No nos faltan ya más que unos minutos... Van á dar pronto las doce de la noche y á esa hora fué cuando nos marchamos la última vez.

—Tendré toda la paciencia que haga falta.

Pasaba el tiempo, lento, pesado, misterioso, así xiante. Richard trató de reír.

—Acabaré por creer, dijo, en la omnipotencia del fantasma. Y en este momento particularmente, ¿no te parece, Moncharmin, que hay en la atmósfera de esta pieza un no sé qué que alarma, que indigna, que espanta?

—Es verdad, confesó Moncharmin, que estaba verdaderamente «impresionado.»

—¡El fantasma!, siguió diciendo Richard en voz baja y como si temiera ser oído por invisibles orejas. ¡El fantasma!.. ¡Si á pesar de todo fuese un fantasma el que dió en esta mesa los tres golpecitos secos que tan bien oímos... el que pone en ella los sobres mágicos... el que habla en el palco número 5... el que mata á José Buquet... el que desprende la lucerna... el que nos roba!.. Porque, en fin, aquí no hay nadie más que tú y yo... Y si los billetes desaparecieran sin que tú ni yo los hubiésemos cogido, sería preciso creer en el fantasma... en el fantasma...

En este momento el reloj de la chimenea dejó oír su resorte y sonó la primera campanada de las doce.

Los dos directores sintieron un calofrío y se apoderó de ellos una angustia cuya causa no hubieran podido decir y que trataron en vano de dominar. Corría el sudor por sus frentes. Y la última campanada de las doce sonó singularmente en sus oídos.

Quando se calló el reloj, lanzaron un suspiro y se levantaron.

—Creo que podemos irnos, dijo Moncharmin.

—Me parece, afirmó Richard.

—Antes de marcharnos, ¿permítame que te mire el bolsillo?

—¿Cómo no, Moncharmin? ¡Es preciso!

—¿Y bien?, pregunta Richard á Moncharmin, que está palpando.

—Siento el alfiler.

—Evidentemente, como tú lo decías hace un momento, no nos pueden ya robar sin que yo lo eche de ver.

Pero Moncharmin, cuyas manos siguen ocupadas alrededor del bolsillo, grita:

—Siento el alfiler, pero no siento los billetes.

—¡No! ¡Nada de bromas, Moncharmin!.. ¡No es el momento!

—¡Pálpate tú mismo!

De un tirón, Richard se quita el frac y los dos directores se arrancan el bolsillo... ¡El bolsillo está vacío!

Y lo más curioso es que el imperdible sigue prendido en el mismo sitio.

Richard y Moncharmin palidecen. No se puede ya dudar del sortilegio.

—¡El fantasma!, murmura Moncharmin.

Pero Richard da un salto de repente hacia su colega.

—¡Solamente tú me has tocado el bolsillo!.. ¡Devuélveme mis veinte mil francos!.. ¡Devuélveme mis veinte mil francos!..

—¡Por mi alma, suspira Moncharmin, que parece á punto de desmayarse, te juro que no los tengo!

Y como alguien estaba llamando á la puerta, fué á abrir con paso casi automático, pareció apenas conocer al administrador Mercier, cambió con él frases incoherentes, no comprendió nada de lo que el otro le decía y puso con ademán inconsciente en la mano de aquel fiel servidor, completamente estupefacto, el imperdible que no podía ya servir para nada.

## XXI

EL COMISARIO DE POLICÍA, EL VIZCONDE Y EL PERSA

La primera palabra del comisario de policía, al entrar en la dirección, fué para pedir noticias de la cantante.

—¿No está aquí Cristina Daé?

El comisario iba seguido, como hemos dicho, de una compacta multitud.

—¿Cristina Daé? No, responde Richard. ¿Por qué?

Moncharmin no tiene fuerza para pronunciar una palabra... Su estado mental es mucho más grave que el de Richard, pues Richard puede aún sospechar de Moncharmin, pero éste se encuentra en presencia del gran misterio... el que hace estremecerse á la humanidad desde su nacimiento: lo Desconocido.

Richard vuelve á hablar, pues la multitud que rodea á los dos directores y al comisario observa un silencio impresionante.

—¿Por qué me pregunta usted, señor comisario, si está aquí Cristina Daé?

—Porque es preciso que se la encuentre, señores directores de la Escuela nacional de música, declara solemnemente el comisario.

—¡Cómo que es preciso que se la encuentre!.. ¿Ha desaparecido?

—¡En plena representación!

—¡En plena representación! ¡Es extraordinario!

—¿No es verdad? Y lo que hay tan extraordinario como esa desaparición es que sea yo quien se la diga á ustedes.

—En efecto, asiente Richard, que se coge la cabeza entre las manos y murmura: ¿Qué nueva historia es esta. ¡Oh! Decididamente, hay para qué presentar la dimisión...

Y se arranca, sin notarlo siquiera, unos pelos del bigote.

—¿De modo, dice como soñando, que ha desaparecido durante la función?

—Sí, ha sido robada en el acto de la prisión, en el momento en que invocaba la ayuda del cielo; pero dudo que se la hayan llevado los ángeles.

—¡Y yo estoy seguro de ello!

Todo el mundo se vuelve, y un joven pálido y temblando de emoción repite:

—Estoy seguro.

—¿De qué está usted seguro?, interroga Mifroid.

—De que Cristina Daé ha sido robada por un ángel, señor comisario, y podría decir á usted su nombre...

—¡Ah, ah! Señor vizconde de Chagny, usted supone que Cristina Daé ha sido robada por un ángel, un ángel de la Opera, sin duda...

Raúl mira á su alrededor. Evidentemente, busca á alguien. En aquel minuto, en que le parece tan necesario llamar á la policía en ayuda de su amada, le gustaría volver á ver al misterioso desconocido que, hacía un instante, le recomendaba la discreción. Pero no le descubre en ninguna parte. Necesita hablar, pero no podrá hacerlo delante de toda aquella gente que le contempla con curiosidad indiscreta.

—Sí, señor, con un ángel de la Opera, responde

al Sr. Mifroid, y le diré á usted dónde habita cuando estemos solos...

—Tiene usted razón, caballero.

El comisario hace sentar á Raúl á su lado y pone á todo el mundo en la puerta, excepto, naturalmente, á los dos directores, los cuales, sin embargo, no hubieran protestado, tan por encima parecían estar de todas las contingencias.

Raúl, entonces, se decide.

—Señor comisario, ese ángel se llama Erik, habita en la Opera y es el ángel de la música.

—¡El ángel de la música! ¡Verdaderamente! Es muy curioso... ¡El ángel de la música!

Y el comisario se vuelve hacia los directores y les pregunta:

—Señores, ¿tienen ustedes ese ángel en el establecimiento?

Richard y Moncharmin mueven la cabeza sin sonreír siquiera.

—Sí, dice Raúl, esos señores han debido de oír hablar del fantasma de la Opera. Pues bien, puedo afirmar que el fantasma de la Opera y el ángel de la música es la misma cosa. Y su verdadero nombre es Erik.

El comisario se había levantado y miraba á Raúl con atención.

—Dispense usted, caballero, ¿tiene usted, acaso, la intención de burlarse de la justicia?

—¡Yo!, protesta Raúl.

Y piensa dolorosamente: «Otro que no va á querer escucharme.»

—Entonces, ¿qué lío me está usted ahí contando con su fantasma de la Opera?

—Digo que estos señores han oído hablar de él.

—Señores, parece que ustedes conocen al fantasma de la Opera...

Richard se levanta con los últimos pelos del bigote en la mano.

—¡No, señor comisario, no, no le conocemos! ¡Pero quisiéramos conocerle, pues esta noche, sin ir más lejos, nos ha robado veinte mil francos!..

Y Richard dirige á Moncharmin una mirada terrible, que parece decir: «Devuélveme los veinte mil francos, ó lo digo todo.» Moncharmin lo comprende tan bien, que hace un gesto desesperado: «¡Ah! Sí, dílo todo, dílo todo...»

El comisario Mifroid mira alternativamente á los directores y á Raúl, preguntándose si se habrá metido por error en una casa de locos. Pásase la mano por los cabellos y dice:

—Un fantasma que, en la misma noche, se lleva á una cantante y roba veinte mil francos, es un fantasma muy ocupado... Si ustedes quieren vamos á ordenar por series las preguntas. La cantante primero y los veinte mil francos en seguida. Vamos á ver, Sr. de Chagny, tratemos de hablar seriamente. Usted cree que la Daé ha sido robada por un individuo llamado Erik. ¿Conoce usted, entonces, á ese individuo? ¿Le ha visto usted?

—Sí, señor comisario.

—¿Dónde?

—En un cementerio.

Mifroid hace un movimiento brusco, vuelve á contemplar á Raúl y dice:

—Evidentemente, allí es donde se encuentran de ordinario los fantasmas. ¿Y qué hacía usted en ese cementerio?

—Caballero, dice Raúl, me doy cuenta de la extravagancia de mis respuestas y del efecto que le hacen á usted. Pero le ruego que crea que estoy en toda mi razón. Va en ello la salvación de la persona á quien más quiero en el mundo, tanto como á mi amado hermano Felipe. Quisiera convencerle á usted en pocas palabras, porque la hora apremia y los minutos son preciosos. Desgraciadamente, si no le cuento á usted desde el principio la más extraña historia que ha habido en el mundo, no me creerá usted. Voy á decir, señor comisario, todo lo que sé sobre el fantasma de la Opera. ¡Ay! Por desgracia, no sé gran cosa...

—¡Hable usted, hable de todos modos!, exclaman de repente Richard y Moncharmin, muy interesados.

Pero, desgraciadamente para la esperanza que habían concebido un instante de saber algún detalle susceptible de ponerlos en la pista de su estafador, tienen que rendirse á la triste evidencia de que Raúl ha perdido enteramente la cabeza. Toda aquella historia de Perrós Guirec, de calaveras, de violin encantado y de voz de hombre en el cuarto de la diva, no podía haber nacido más que en el cerebro descom-

puesto de un enamorado.

Era visible, por otra parte, que el comisario compartía cada vez más este modo de ver y ciertamente el funcionario hubiera puesto fin á aquellas frases incoherentes, si las circunstancias mismas no se hubieran encargado de interrumpirlas.

—¡Hable usted, hable de todos modos!, exclaman de repente Richard y Moncharmin, muy interesados.

Pero, desgraciadamente para la esperanza que habían concebido un instante de saber algún detalle susceptible de ponerlos en la pista de su estafador, tienen que rendirse á la triste evidencia de que Raúl ha perdido enteramente la cabeza. Toda aquella historia de Perrós Guirec, de calaveras, de violin encantado y de voz de hombre en el cuarto de la diva, no podía haber nacido más que en el cerebro descom-

puesto de un enamorado. Era visible, por otra parte, que el comisario compartía cada vez más este modo de ver y ciertamente el funcionario hubiera puesto fin á aquellas frases incoherentes, si las circunstancias mismas no se hubieran encargado de interrumpirlas.

Acababa de abrirse la puerta y había entrado un individuo singularmente vestido con una ancha levita y un sombrero de copa alta, rapado y reluciente, que le entraba hasta las orejas. Ese individuo corrió al comisario y le habló en voz baja. Era, sin duda, un agente de la seguridad que venía á dar cuenta de alguna misión urgente.

Durante este coloquio, el comisario no apartaba los ojos de Raúl.

Por fin dijo dirigiéndose á él.

—Caballero, bastante hemos hablado del fantasma. Vamos á hablar un poco de usted, si no tiene inconveniente. ¿Usted debía llevarse esta noche á Cristina Daé?

—Sí, señor comisario.

—Y sin embargo, su coche sigue esperando órdenes, al lado de la rotonda, ¿no es verdad?

—Sí, señor comisario.

—¿Sabía usted que había, al lado del suyo, otros tres coches?

—No lo he reparado.

—Eran el de la Sorelli, que no había encontrado sitio en el patio de la administración, el de la Carlota y el de su hermano de usted, el señor conde de Chagny.

—Es posible.

—En cambio es cierto que si su coche de usted, el de la Sorelli y el de la Carlota siguen estando allí, el del señor conde de Chagny no está ya...

—Eso, señor comisario, no tiene nada que ver...

—Dispense usted... ¿No era opuesto el señor conde á su matrimonio de usted con Cristina Daé?

—Eso no puedo interesar más que á la familia...

—Me ha respondido usted... Era opuesto, y por eso substraía usted á Cristina á las empresas posibles de su señor hermano de usted. Pues bien, señor de Chagny, permítame que le haga saber que su hermano ha sido más listo que usted... ¡Él es quien se ha llevado á la Daé!

—¡Oh!, gimió Raúl llevándose la mano al corazón, no es posible... ¿Está usted seguro de ello?

—Inmediatamente después de la desaparición de la artista, organizada con complicidades que se pondrán en claro, su hermano de usted se ha metido en su coche y ha dado una carrera furibunda á través de París.

De la boca crispada de rabia del desgraciado joven se escapó un grito ronco.

—¡Oh!, exclamó; juro que los alcanzaré.

Y en dos saltos estuvo fuera del despacho.

—¡Y tráiganosla usted!, le gritó alegremente el comisario. ¿Eh? Aquí tienen ustedes una hipótesis que vale tanto como la del ángel de la música.

Dicho esto, Mifroid se vuelve hacia su auditorio estupefacto y le administra esta pequeña conferencia de policía al alcance de todos:

—No sé si es realmente el conde de Chagny quien ha robado á la Daé..., pero necesito saberlo, y á estas horas, nadie desea informarme mejor que su hermano... En este momento corre, vuela y es mi mejor auxiliar. Tal es, señores, el arte, que se cree tan complicado, de la policía, y que aparece, sin embargo, tan sencillo en cuanto se ha descubierto que consiste en hacer que sirvan de polizontes las personas que no lo son.

Pero Mifroid no hubiera estado tan satisfecho de sí mismo si hubiera sabido que la carrera de su rápido mensajero había sido detenida en cuanto entró éste en el primer pasillo, vacío, sin embargo, de la multitud de curiosos que había sido dispersada.

Raúl se vió cortar el camino por una gran sombra, que le preguntó:

—¿Dónde va usted tan deprisa, Sr. de Chagny?

Raúl, impaciente, levantó la cabeza y reconoció el gorro de astracán de hacía un momento.

—¿Y quién es usted, preguntó con voz febril, que conoce los secretos de Erik y no quiere que yo hable de ellos?

—Soy el Persa, dijo la sombra.

XXII

EL VIZCONDE Y EL PERSA

Raúl recordó entonces que su hermano, en una noche de función, le había mostrado á aquel vago personaje, del que sólo se sabía que era persa y que habitaba en un modesto piso de la calle de Rivoli.

¿Por qué, pues, aquella noche, el Persa, que no hablaba jamás, se obstinaba en entrar en conversación con Raúl? ¿Por qué le hablaba de Erik? ¿Qué sabía él de Erik?

¡Erik! Solamente esas dos sílabas eran capaces de detener al joven en su rápida carrera. El hombre de tez de ébano, ojos de azabache y gorro de astracán las pronunció otra vez inclinándose hacia Raúl.

—Supongo, caballero, que no ha vendido usted el secreto de Erik.

—¿Y por qué había de vacilar en vender á ese monstruo?, respondió Raúl con altivez, tratando de librarse del importuno. ¿Es, acaso, amigo de usted?

—Espero que no habrá usted dicho nada de Erik, caballero, porque el secreto de Erik es el de Cristina Daé, y hablar del uno es hablar de la otra.

—Caballero, dijo Raúl impaciente, parece usted al corriente de muchos asuntos que me interesan, y sin embargo, no tengo tiempo de escucharle...

—Una vez más, Sr. de Chagny, ¿adónde va usted tan deprisa?

—¿No lo adivina usted? A socorrer á Cristina Daé...

—Entonces, caballero, quédese aquí, porque aquí está Cristina.

—¿Con Erik?

—¡Con Erik!

—¿Cómo lo sabe usted?

—Estaba en la representación, y no hay más que un Erik en el mundo para maquinarse semejante rapto... ¡Oh!, exclamó dando un profundo suspiro, he reconocido la mano del monstruo...

—¿Le conoce usted, entonces?

El Persa no respondió, pero Raúl oyó un nuevo suspiro.

—Caballero, dijo Raúl, ignoro cuáles son las intenciones que le guían á usted; pero ¿puede usted hacer algo en mi favor, es decir, en el de Cristina Daé?..

—Así lo creo, Sr. de Chagny, y por eso me he acercado á usted.

—¿Qué puede usted hacer?

—Tratar de llevar á usted á su lado y al lado del monstruo.

—Caballero, es esa una empresa que he intentado ya en vano esta noche..., pero si usted me presta tal servicio, mi vida le pertenece... Una palabra todavía, caballero; el comisario de policía acaba de decirme que Cristina ha sido robada por mi hermano el conde Felipe...

—¡Oh! Sr. de Chagny, no lo creo...

—¿Verdad que no es posible?

—No sé si es posible, pero hay muchas maneras de hacer un rapto, y el conde Felipe, que yo sepa, *no ha trabajado nunca en la magia.*

—Los argumentos de usted son contundentes, caballero, y yo no soy más que un loco... ¡Oh! Corramos, corramos... Me pongo enteramente en sus manos... ¿Cómo no creer á usted cuando es el único que me cree á mí?.. ¿Cómo no creerle cuando es el único que no sonríe cuando se pronuncia el nombre de Erik?

Al decir esto, el joven, cuyas manos arañan de fiebre, cogió, con ademán espontáneo, las manos del Persa, que estaban heladas.

—¡Silencio!, dijo el Persa deteniéndose á escuchar los ruidos lejanos del teatro y los menores crujidos que se producían en los muros y en los pasillos próximos. No pronunciemos más aquí esta palabra. Digamos *Él*, y tendremos menos probabilidades de llamar su atención...

—¿Le cree usted cerca de nosotros?

—Todo es posible, caballero, si no está en este momento, con su víctima, *en la morada del lago.*

—¡Ah! ¿También usted conoce esa morada?

—Si no está en la morada del lago, puede estar en este muro, en este suelo, en este techo... ¿Qué sé yo?.. Con la vista en esta cerradura... Con el oído en esta viga...

Y el Persa, rogándole que apagara el ruido de sus pasos, llevó á Raúl por unos pasillos que el joven no había visto nunca, ni en el tiempo en que Cristina le paseaba por aquel laberinto.

—¡Con tal de que haya llegado Darío!, dijo en voz alta el Persa.

—¿Quién es Darío?, interrogó el joven corriendo.

—¡Darío! Es mi criado.

\*\*\*

Estaban en aquel momento en el centro de una verdadera plaza desierta, pieza inmensa iluminada por una mala luz. El Persa detuvo á Raúl y le dijo muy bajo, tan bajo que al joven le costaba trabajo oírle:

—¿Qué es lo que ha dicho usted al comisario?

—Le he dicho que el raptor de Cristina Daé era el ángel de la música, llamado el fantasma de la Ópera, y que su verdadero nombre era...

—¡Silencio!.. ¿Y el comisario le ha creído á usted?

—No.

—¿No ha atribuido la menor importancia á lo que usted decía?

—Ninguna.

—¿Le ha tomado á usted por un loco?

—Sí.

—¡Mejor!, suspiró el Persa.

Y la carrera volvió á empezar.

\*\*\*

Después de haber subido y bajado muchas escaleras desconocidas para Raúl, los dos hombres se encontraron enfrente de una puerta que el Persa abrió con un pequeño llavín que se sacó del bolsillo del chaleco. El Persa, como Raúl, estaba, naturalmente, de frac. Pero así como Raúl llevaba sombrero de copa alta, el Persa tenía puesto un gorro de astracán, como ya hemos hecho notar. Era aquella una infracción del código de elegancia que regía en los bastidores, donde se exige el sombrero de copa; pero está convenido que en Francia se permite todo á los extranjeros, la gorra de viaje á los ingleses y el gorro de astracán á los persas.

—Caballero, dijo el Persa, el sombrero de copa le va á usted á estorbar para la expedición que proyectamos... Haría usted bien de dejarlo en el cuarto.

—¿En qué cuarto?, preguntó Raúl.

—En el de Cristina Daé.

Y el Persa, después de haber hecho pasar á Raúl por la puerta que acababa de abrir, le enseñó enfrente el cuarto de Cristina.

Raúl ignoraba que se pudiese ir á aquel cuarto por otro camino que el seguido por él ordinariamente. Encontrábase entonces en el extremo del pasillo que él tenía la costumbre de recorrer entero antes de llamar á la puerta del cuarto.

—¿Conoce usted bien la Opera, caballero!

—¡No tan bien como él!, dijo modestamente el Persa.

Y empujó al joven al cuarto de Cristina.

\*\*\*

Estaba el cuarto tal como Raúl le había dejado unos momentos antes.

El Persa, después de cerrar la puerta, se dirigió al delgado tabique que separaba el cuarto de un vasto gabinete ropero que había detrás. Escuchó y tosía fuertemente.

En seguida se oyó ruido en el ropero, y unos segundos después llamaron á la puerta del cuarto.

—Entra, dijo el Persa.

Entró un hombre cubierto también con un gorro de astracán y vestido con una larga hopalanda.

El hombre saludó y sacó de debajo del abrigo una caja ricamente cincelada, la puso en el tocador, volvió á saludar y se dirigió á la puerta.

—¿Nadie te ha visto entrar, Darío?

—No, señor.

—Que nadie te vea salir.

El criado aventuró una mirada al corredor y desapareció prontamente.

—Caballero, dijo Raúl, estoy pensando en una cosa, y es que pueden muy bien sorprendernos aquí, y esto, evidentemente, nos estorbaría. El comisario no puede tardar en venir á registrar este cuarto.

—¡Bah! No es al comisario al que hay que temer.

El Persa había abierto la caja. Había en ella un par de pistolas de un dibujo y de un ornamento magnífico.

—Inmediatamente después del rapto de Cristina, he avisado á mi doméstico que me trajese estas armas, caballero. Las conozco hace mucho tiempo, y no las hay más seguras.

—¿Quiere usted batirse en duelo?, preguntó el joven, sorprendido por la llegada de aquel arsenal.

—Es, en efecto, á un duelo á lo que vamos, respondió el Persa examinando el cebo de las pistolas. ¡Y qué duelo!

Después de lo cual, entregó una pistola á Raúl y le dijo:

—En este duelo, seremos dos contra uno, caballero, pues no le oculto que tenemos que habérmolas con el más terrible adversario que es posible imaginar. Pero usted amá á Cristina Daé, ¿no es verdad?

—¡Si la amo!.. Pero usted, que no la ama, me explicará por qué le encuentro dispuesto á arriesgar la vida por ella... ¿Usted odia ciertamente á Erik!

—No, señor, dijo tristemente el Persa. No le odio. Si le odiase, hace mucho tiempo que no haría daño.

—¿Le ha hecho á usted mucho mal?

—El que me ha hecho se lo he perdonado.

—Es enteramente extraordinario, respondió el joven, oírle á usted hablar de ese modo... Le trata usted de monstruo, habla de sus crímenes, le ha hecho á usted daño, y encuentro en usted la piedad inaudita que me desesperaba en la misma Cristina.

(Se continuará.)

**EL FEMINISMO**

Y LAS PRÓXIMAS ELECCIONES LEGISLATIVAS EN FRANCIA

El día 24 de este mes se efectuarán en Francia elecciones legislativas para la renovación de la Cámara de los Diputados, y como es de suponer, hace ya tiempo que los futuros candidatos se mueven y se agitan en demanda de los sufragios del cuerpo electoral.

de aquel país, sino de todos los países sujetos al régimen parlamentario.

En la capital ofrecerán, sin embargo, una novedad, que en algunas otras naciones ya no lo es, la de que

Esas cuatro candidatas serán ó no serán elegidas; pero la semilla está echada y esta semilla es la misma que en Suecia, en Inglaterra, en los Estados Unidos y en otros países ha producido diputadas, alcaldesas, *concejalas*, etc., etc. Es, pues, de suponer que un día en Francia y otro en las demás naciones en donde aún el terreno no está bastante preparado, acabará por dar también los mismos frutos, enviando al Parlamento y á las corporaciones provinciales y municipales á representantes del que ya casi no debe denominarse sexo débil.



**Señora doña Magdalena Pelletier,** doctora en Medicina, candidata por el quinto distrito de París



**Señora Deville-Lenoir,** secretaria del grupo «La Solidarité des Femmes,» candidata por el décimoquinto distrito de París.

se presenten candidatas las cuatro señoras cuyos retratos reproducimos en esta página, una de ellas, la señora Pelletier, doctora en Medicina, y las demás miembros activos é importantes de asociaciones feministas.

Con ello dan esas señoras una prueba fehaciente de los avances del feminismo. Hace unos cuantos años, muy pocos, ¿qué mujer se habría atrevido á solicitar los sufragios de sus conciudadanos para



**Señora doña Hubertina Auclert,** de la sociedad «Le Suffrage des Femmes,» candidata por el undécimo distrito de París

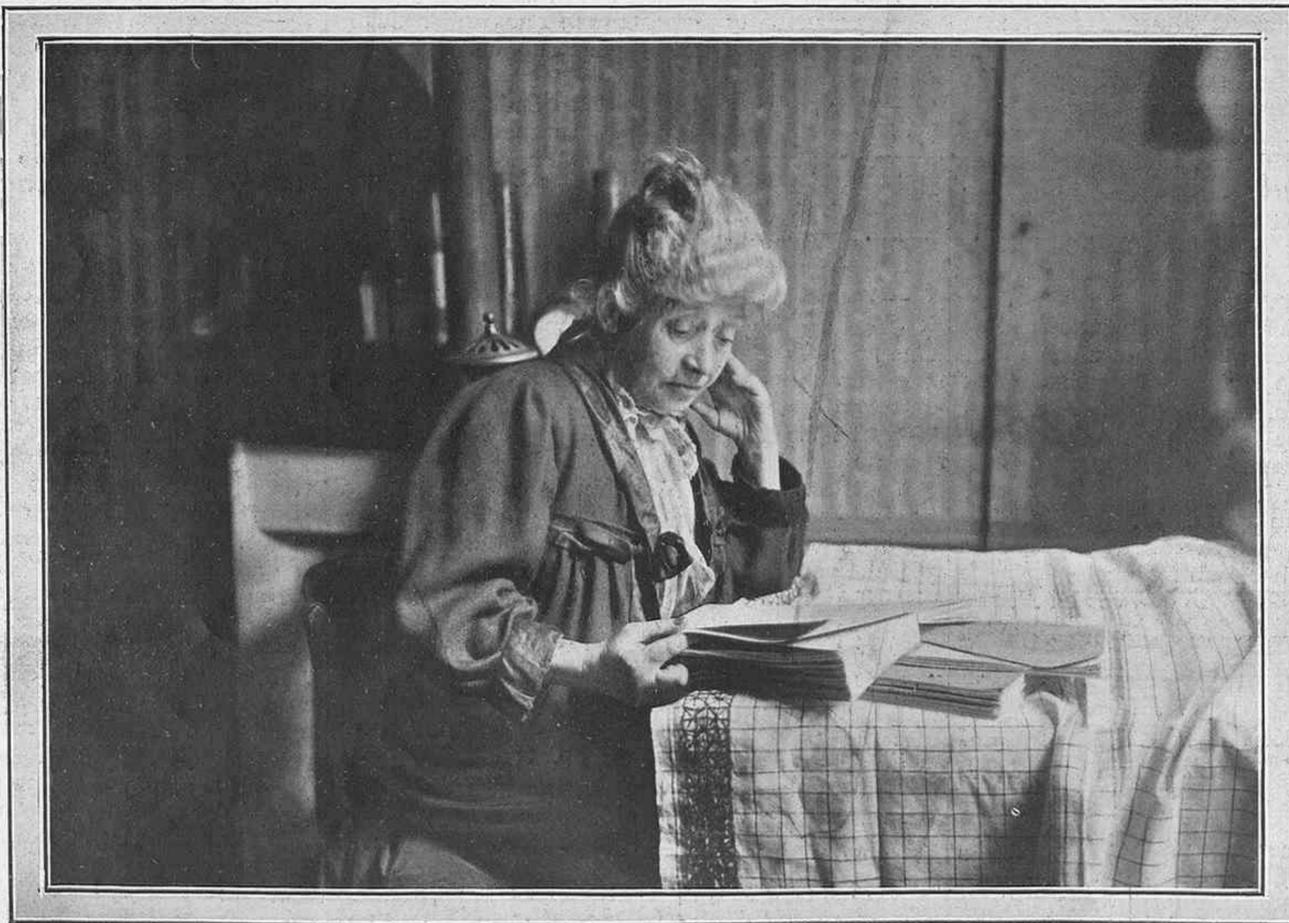
Las calles de las ciudades y de los pueblos se llenan de carteles ostentando nombres más ó menos conocidos y programas en los que naturalmente se promete la felicidad del país en general y del distrito en particular, y en todas partes se celebran reuniones en las que los candidatos exponen sus opiniones políticas, religiosas y sociales, y procuran por todos los medios, no siempre hijos de la sinceridad y de la buena fe, atraerse las simpatías del auditorio que el día de la elección se traduzcan en votos.

Como de costumbre, los que aspiran al cargo de diputado no se contentan con ensalzarse á sí propios, con hacer resaltar los méritos que ellos mismos se atribuyen, ni, si buscan la reelección, con enumerar los servicios que al distrito tienen prestados; en los trabajos de propaganda junto á estos números del programa que podemos llamar afirmativos, ha de haber casi forzosamente los negativos, es decir, los que consisten en denigrar al contrincante, en negarle toda cualidad buena y atribuirle poco menos que todos los males y calamidades que afligen al distrito y aun á la nación entera.

En una palabra, las próximas elecciones legislativas francesas serán como todas las demás, no sólo

representarlos en el Parlamento? Hoy, en cambio, cuatro se presentan ante el cuerpo electoral parisiense, y si no tienen la seguridad de salir triunfantes de la lucha, por lo menos han de sentir la satisfacción de que esa reivindicación de los derechos de

Y después de todo, ¿quién sabe si con ello no ganarían los municipios, las provincias y las naciones! Tal como están las cosas en algunos pueblos, especialmente en los de raza latina, casi puede afirmarse que si con la intervención femenina no mejoraban la política y la administración, por lo menos no empeorarían, pues peor que ahora difícilmente podrían ponerse. R.



**Señora doña C. Kauffmann,** de la «Ligue Feminine de Culture physique,» candidata por el octavo distrito de París (De fotografías de M. Rol.)

su sexo que reclaman no levanta las protestas que en otro tiempo habría levantado, ni siquiera es acogida con las burlas con que lo habría sido en un pasado muy próximo.

resultado, consiguió elevarse por los aires y volar durante cinco minutos, al cabo de los cuales descendió á tierra. Al poco rato elevóse de nuevo y esta vez pudo permanecer en el aire diez y siete minutos

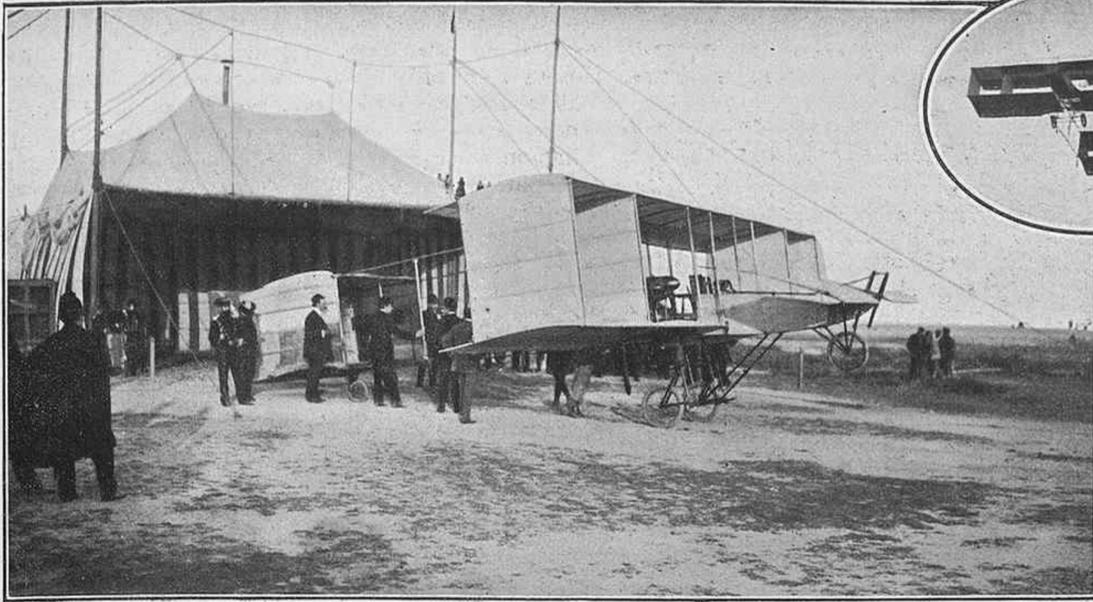
**BARCELONA**

PRUEBAS DE AVIACIÓN

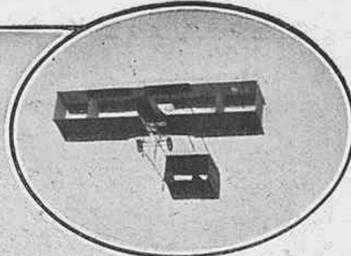
Después de los ensayos efectuados por Mamet con el monoplano Bleriot, de los que nos ocupamos oportunamente, hemos presenciado estos últimos días los de dos biplanos, ambos del tipo «Voisin,» que se considera como uno de los más perfeccionados.

Los aparatos han maniobrado bajo la dirección de los señores Gaudart y Poillot, el primero en el aeródromo improvisado en el Campo de la Bota y el segundo en el Hipódromo.

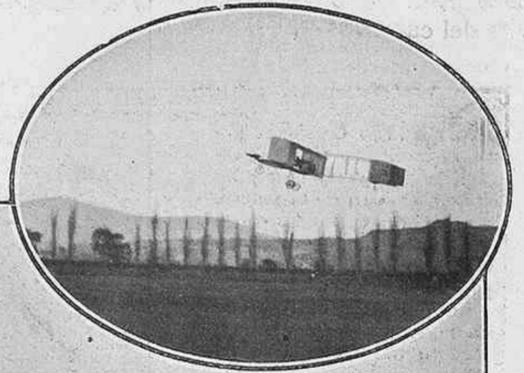
El día 27 del mes pasado, el Sr. Gaudart, después de un intento de vuelo sin



Barcelona.—El biplano Voisin, del Sr. Gaudart, saliendo de su cobertizo en el Campo de la Bota.— El aparato durante el notable vuelo de treinta y seis minutos efectuado el día 28 de marzo último.



BARCELONA.—PRUEBAS DE AVIACIÓN.— M. GAUDART Y M. POILLOT EN BIPLANOS VOISIN.

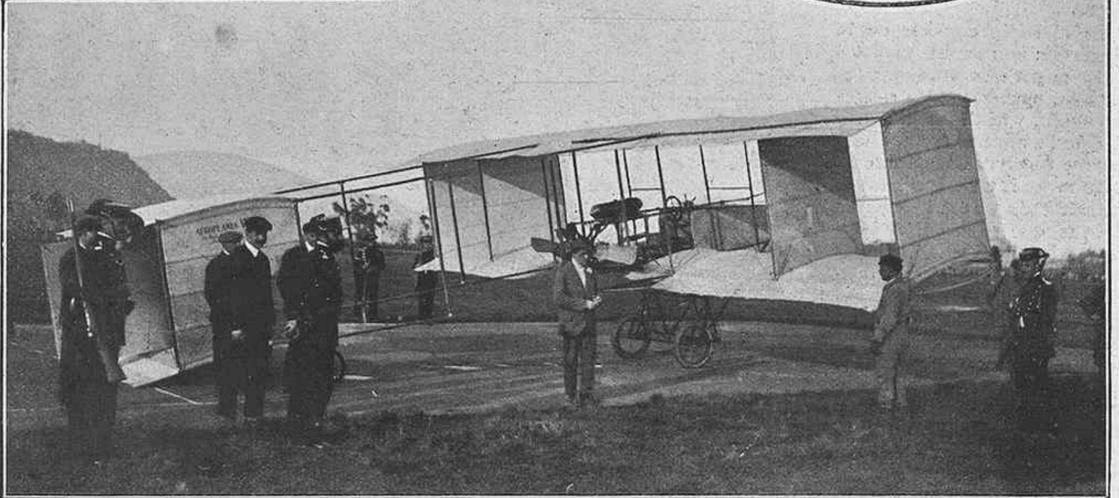


realizando distintas evoluciones y siendo saludado, al terminar la prueba, con grandes aplausos.

Al día siguiente obtuvo el Sr. Gaudart un triunfo mucho mayor todavía. A eso de las cinco comenzaron los preparativos y una vez seguro el aviador de que el aparato funcionaba bien, puso en movimiento la máquina y el biplano ascendió admirablemente entre los acordes de la Marsellesa y los aplausos del público.

El Sr. Gaudart tomó la dirección hacia Mongat, volvió al punto de salida, ejecutando allí varias evoluciones, dirigióse á Mongat nuevamente, regresó otra vez hasta situarse sobre el aeródromo y voló mar adentro. Poco después viró, y emprendiendo el vuelo hacia la ciudad, llegó hasta el puerto, dió la vuelta á la chimenea de la fábrica de energía eléctrica de la Compañía de los tranvías, cerca de la estación de Villanueva, y finalmente hizo rumbo al aeródromo, en donde descendió felizmente. Había volado por espacio de treinta y seis minutos y su vuelo fué presenciado, no sólo por el público numeroso del aeródromo y del numerosísimo que en los alrededores de éste había sentado sus reales para disfrutar gratis del espectáculo, sino también por las muchísimas personas que transitaban por el paseo de Colón y demás vías de la parte de la ciudad cercana al mar.

En el interior del aeródromo la concurrencia era muy numerosa y en las tribunas estaban las más co-



El biplano Voisin del Sr. Poillot en el Hipódromo, momentos antes de efectuar su vuelo. El aparato en el aire durante el vuelo realizado el día 28 de marzo último (De fotografías de A. Merletti.)

nocidas familias de la alta sociedad barcelonesa y los más distinguidos aficionados á los deportes.

Muy concurrida se vió también la fiesta análoga celebrada el mismo día en el Hipódromo, pero los que á ella asistieron vieron en gran parte defraudadas sus esperanzas, pues el Sr. Poillot, menos afortunado que su compañero el Sr. Gaudart, no pudo apenas remontarse en el aire. Según parece, en unas pruebas preliminares que había efectuado unos días antes, el aparato había sufrido importantes averías que no pudieron ser debidamente reparadas por no disponerse aquí de los elementos necesarios. Hechas

las reparaciones más indispensables, el día señalado para las pruebas públicas el aviador intentó un primer vuelo, pero el aparato sólo recorrió la mitad de la pista sin elevarse. Colocado otra vez en su punto de partida, el biplano se elevó algo, pero descendió á los pocos momentos á unos 50 metros del Hipódromo. Díjose que la causa que motivó el descenso fué que el aviador notó que el aparato no tenía la estabilidad debida y que en vista de ello paró el motor, rompiéndose en la caída el timón de dirección, sin que por fortuna sufriese el Sr. Poillot el menor daño.—T.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjense para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Rougemont núm. 14, Paris.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

**Dentición**  
**JARABE DELABARRE**  
 JARABE SIN NARCÓTICO  
 FACILITA la SALIDA de los DIENTES  
 y previene todos los accidentes de la primera Dentición.  
 Establecimientos FUMOUBE, 78, Faub<sup>9</sup> Saint-Denis, PARIS, y en las Principales Farmacias del Globo.

**ROB**  
**BOYVEAU - LAFFECTEUR**  
 \* Célebre Depurativo Vegetal \*  
 cura las  
**ENFERMEDADES DE LA PIEL**  
 Vicios de la Sangre, Herpés, Acne.  
 EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO  
 H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C<sup>ia</sup>, 102, R. Richelieu, Paris.  
 Todas Farmacias.

data de 1843  
**PUREZA DEL CUTIS**  
 — LAIT ANTÉPHÉLIQUE —  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
 ó Leche Candès  
 pura ó mezclada con agua, disipa  
 PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA  
 SARPILLIDOS, TEZ BARROSA  
 ARRUGAS PRECOCES  
 EFLORESCIENCIAS  
 ROJECES.  
 Póse y conserva el cutis limpio y terso  
**Casa CANDÈS**  
 26, St-Denis, París.

EL INGENIOSO HIDALGO  
**DON QUIJOTE DE LA MANCHA**  
 COMPUESTO POR MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA  
 Suntuosa edición dirigida por D. Nicolás Díaz de Benjumea é ilustrada con una notable colección de oleografías y grabados intercalados en el texto por D. Ricardo Balaca y D. J. Luis Pellicer  
 Dos magníficos tomos folio mayor ricamente encuadernados con tapas alegóricas tiradas sobre pergamino y canto dorado.—Su precio 200 pesetas ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales.—Hay un número reducido de ejemplares impresos sobre papel apergaminado y divididos en cuatro tomos al precio de 400 pesetas ejemplar  
 MONTANER Y SIMÓN, EDITORES, BARCELONA

UN NUEVO EJERCICIO ACROBÁTICO

La extraordinaria afición a las llamadas *variétés* que en todas partes se ha despertado y el número incalculable de teatros, circos, cafés, cinematógrafos en que se cultiva este género de espectáculos, ha hecho que los que a él se dedican hayan tenido que aguzar el ingenio para encontrar notas originales, no vacilando en buscar la novedad aun en ejercicios verdaderamente peligrosos.

En distintas ocasiones hemos reproducido vistas de estos ejercicios, como el *looping the loop*, el salto de la muerte y otros por el estilo; hoy ofrecemos la del nuevo número acrobático que los ciclistas Schlax ejecutan actualmente en un circo de París y que excede, en punto a temeridad, a cuanto hasta el día se ha hecho.

El ejercicio consiste en lo siguiente: uno de los ciclistas se lanza por una pendiente inclinada, situada a cinco metros del suelo, y al llegar al extremo de la misma, recorre seis metros en el vacío, dando un salto mortal, y va a caer sobre la punta de una palanca; el choque que se produce hace descender aquel lado de la palanca y arroja al otro ciclista que está en el extremo opuesto, haciéndole dar un salto mortal hacia atrás.

Este número acrobático, realmente sensacional, ha obtenido un éxito grandísimo y constituye una de las mayores atracciones de las actuales *variétés* parisienses.



Un nuevo y emocionante ejercicio acrobático de peligrosos saltos en bicicleta (De fotografía de M. Rol.)

cuentos del celebrado autor francés, muy bien traducidos. Forma parte de la Biblioteca Popular de «L'Aveng» que se publica en Barcelona; precio, 50 céntimos.

LA ECONOMÍA NACIONAL Y LOS HOMBRES DE ESTADO, por D. Guillermo Graell. — Discurso inaugural del curso de 1910 de la «Sociedad de Estudios Económicos», pronunciado el día 15 de enero. Un folleto de 32 páginas, impreso en Barcelona en la imprenta de Hijos de D. Casanovas.

LA AGONÍA DEL REPARTIADO, por J. M. Blázquez de Pedro. — Poema monólogo. Un folleto de 16 páginas, impreso en Lisboa en la «Typographia do Comercio.» Precio, 15 céntimos.

L'ONCLE MAGÍ, por Alejandro Font. — Interesante novela de costumbres barcelonesas contemporáneas. Un tomo de 322 páginas, editado en Barcelona por la Biblioteca «Jovenud.» Precio, tres pesetas.

LOS PUEBLOS DORMIDOS, por Rafael Pamplona Escudero. — Novela de costumbres aragonesas que forma parte de una trilogía titulada *La nueva era*. Un tomo de 180 páginas, que forma parte de la Biblioteca «Argensola.» que con excelente éxito publica en Zaragoza D. Cecilio Gasca. Precio, dos pesetas.

ATLAS COMPLETO DE GEOGRAFÍA COLOMBIANA. — Hemos recibido la entrega 6.<sup>a</sup> de esta importante publicación, que contiene 13 mapas referentes a la Colombia geológica, al macizo de Colombia, al Alto Magdalena, al Alto Saldaña, al Patía Central, a Casanare, etc., etc. La obra se imprime en Bogotá, en la Imprenta Eléctrica. Precio de la entrega, \$ 80.

LIBROS

ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

ELS CONTES DE PERRAULT, traducción catalana de R. Miquel y Planas. — Un tomo de 120 páginas que contiene diez

AVISO A LAS SENORAS  
**EL APIOL** DE LOS DRES  
**JORET HOMOLLE**  
 CURA  
 LOS DOLORS, RETARDOS,  
 SUPPRESSIONES DE LOS  
 MENSTRUOS  
 F<sup>ta</sup> G. SÉGUIN — PARIS  
 165, Rue St-Honoré, 165  
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE  
 LOS VERDADEROS Y EFICACES  
 PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA  
 COLORES PÁLIDOS  
 EMPOBRECIMIENTO  
 de la SANGRE  
 Escrófulas, etc.

**PILULES**  
 EXIGIR LA SÍMBOLE  
**de BLANCARD**  
 APROBADAS  
 por la  
 Academia  
 de MEDICINA

al IODURO de HIERRO  
 INALTERABLE

DESCONFIÉSE de las FALSIFICACIONES

Depósito: BLANCARD & C<sup>ia</sup>, 40, R. Bonaparte, París.

**PAPEL WLINSI** Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.*, 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.  
 Exigir la Firma WLINSI.  
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Ruo de Seine.

INFLUENZA RACHITIS  
 ANEMIA CLOROSIS

★  
**VINO AROUD**  
 CARNE-QUINA-HIERRO  
 El más poderoso Regenerador.

**REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD**  
 En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar  
 SOBERANO contra  
**ASMA**  
 CATARRO, OPRESIÓN  
 y todas Afecciones Espasmódicas de las Vias Respiratorias.  
 30 AÑOS DE BUEN EXITO  
 MEDALLAS ORO Y PLATA.  
 PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

**ANEMIA** DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**  
 El más activo y económico, el unico Inalterable. — Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, Paris.

**PATE EPILATOIRE DUSSER** destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE, DUSSER**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN